



Trabajo Fin de Grado

Las revueltas populares en la Europa del siglo XVII

Autora

Isabel Guiral Faure

Director

D. Jesús Gascón Pérez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
GRADO DE HISTORIA

2017

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	2
2. ESTADO DE LA CUESTIÓN	4
3. COYUNTURA ECONÓMICA Y SOCIAL	8
▪ ASPECTOS ECONÓMICOS	8
▪ GUERRA Y PRESIÓN FISCAL	10
▪ SITUACIÓN DEMOGRÁFICA	11
▪ MUNDO RURAL	12
4. RASGOS POLÍTICOS Y GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS	15
▪ CRECIMIENTO DEL ESTADO MODERNO	15
▪ GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS	16
5. LEVANTAMIENTOS POPULARES Y CONFLICTOS REVOLUCIONARIOS DE SIGLO XVII	19
▪ CARACTERÍSTICAS GENERALES	19
▪ PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVII	22
▪ INGLATERRA	22
▪ FRANCIA	24
▪ RUSIA	31
▪ SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII	34
▪ MONARQUÍA HISPÁNICA	34
▪ RUSIA	38
6. CONCLUSIONES	42
7. ANEXOS	43
8. BIBLIOGRAFÍA	46

1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo trata sobre los levantamientos populares en la Europa del siglo XVII; más concretamente en cuatro zonas del continente: Inglaterra, Francia, la Monarquía Hispánica y Rusia. He elegido estas regiones por las diferencias características que surgen dentro de ellas a lo largo de la creación del estado moderno.

Primeramente analizo la situación que vivía el continente, es decir, el marco de crisis económica y social, incluso climática, en la que no todos los autores están de acuerdo. Los factores económicos relacionados con la llegada de metales americanos, y el empeoramiento del clima en la llamada “Pequeña Edad de Hielo”, influyeron directamente en la sociedad europea, tanto rural como urbana. Esta sociedad, que vivía principalmente del sector agrario, sufrió las consecuencias de los desastres climáticos acaecidos durante gran parte del siglo, así como otro de los factores protagonistas en Europa, la guerra. Prácticamente todos los territorios se vieron afectados, ya por confrontaciones en su propio terreno, ya por el paso de las tropas hacia su destino. El ejemplo más visible fue la Guerra de los Treinta Años, telón de fondo de los años centrales del siglo XVII.

De la mano de los conflictos bélicos iban las cargas fiscales, que crecieron o se vieron modificadas por los monarcas y los gobiernos en su afán centralizador y absolutista. La reacción de los sectores de la población más vulnerables fue, en numerosos casos, la protesta, más o menos intensa, que podía acabar en un levantamiento generalizado de una región entera, o incluso en revolución.

La división que he establecido entre estos movimientos se basa en los estratos sociales que participaban en ellos. De esta forma puede observarse un cambio a partir de 1640: en la primera mitad del siglo, las revueltas tienen un tono más rural, con un alto grado de participación campesina y algunos casos de intervención de la nobleza rural, mientras que tras 1640, en las revueltas se observa, además de los estados más bajos de la sociedad, un incremento del apoyo de la nobleza, incluso en la dirección de las mismas.

En este trabajo me centro en los levantamientos que no llegan a ser revolucionarios, y que están protagonizados por las capas más bajas de la sociedad, es decir, del tercer estado (Mousnier, 1976). En Inglaterra he tenido que retroceder hasta mediados del siglo XVI para encontrar los inicios de esas revueltas populares, que se extenderían hasta los años 60 del XVII, y tendrían su fundamento en las protestas religiosas y en la estructura de la tierra. Más

relevantes fueron los levantamientos franceses provocados por las cargas fiscales y el mantenimiento de los ejércitos. Estos se extendieron por todo el territorio francés, llegando a poner a la monarquía en una situación difícil. En los territorios de Felipe IV, las revueltas de Portugal, Cataluña y Nápoles, entre otras de menor índole, provocaron cierto desmembramiento de los territorios de la corona, pues Portugal acabó independizándose, Cataluña buscó la protección de Francia jurando fidelidad a Luis XIII, y Nápoles también vivió un periodo de república. Por último, Rusia vivió dos períodos de tensión, la llamada “Época de los Disturbios” a finales del siglo XVI y principios del XVII, y las revueltas de Bogdan Jmelnytsky y Stenka Razin.

La bibliografía empleada se basa en obras generales y específicas, casi todas ellas en español. La obra más antigua es *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masaniello* de Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, escrita en 1847, y la más reciente, de 2013, la obra de Geoffrey Parker. El resto de obras pertenecen a los años 70, 80, y 90, y en ellas se introducen debates en cuanto a la idea de crisis, el tipo de sociedad existente y las características de los levantamientos.

Por último, he realizado varios mapas en los que se ubican los diferentes conflictos en los estados estudiados, para ofrecer una imagen general de los mismos. A su vez se incluyen los tres factores que explican la climatología.

2. ESTADO DE LA CUESTIÓN

El siglo XVII significó, para toda Europa en general, la entrada progresiva en el mundo moderno. Pero también una consecución de crisis y conflictos que contribuyeron al cambio económico, social y político del continente.

La historiografía tradicional ha considerado el siglo XVII como una época de crisis y de atraso respecto a los siglos XVI y XVIII. La base de esta idea descansa en una obra del historiador y economista Earl J. Hamilton, *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650* de 1934. En ella se compara “el índice de precios con el volumen de moneda circulante y la velocidad de circulación” (web Artehistoria). La llegada de plata americana y oro africano aumentó durante todo el siglo XVI hasta la segunda década del XVII, y a partir de ese momento comenzó a descender más bruscamente. En cifras totales, las toneladas de metales que llegaron a España desde el año 1500 hasta mediados del 1600 oscilaban en casi 200 toneladas de oro y la desorbitada suma de 16.886 toneladas de plata. Lo que Hamilton analizó fue qué relación había con los precios, y llegó a la conclusión de que su subida fue directamente proporcional a la de la llegada de metales. Esta inflación no solo afectó a España, pues a pesar de las medidas proteccionistas que impedían la salida de moneda, esta se exportó, repercutiendo en Europa.

Esta teoría de la revolución de los precios como causante de la crisis económica fue matizada con el transcurso de los años, pues factores como el crecimiento demográfico relacionado con una mayor demanda, y la limitada producción agrícola, también tenían gran protagonismo.

La idea de crisis generalizada tomó fuerza en 1954, en un debate de Eric Hobsbaum que llevó el nombre de *La crisis general del siglo XVII*. En él se incidía en que el cambio del modo de producción feudal al capitalista se produjo en esta época, y conllevó a una crisis económica y social. De la misma fecha databa *Histoire générale des civilisations* del Roland Mousnier; la diferencia era que Mousnier veía la causa de la crisis en los problemas que ya arrastraba el Antiguo Régimen. Ambas obras son las dos mayores defensoras de la idea de la crisis europea del siglo XVII (Lublinskaya, 1983). Trevor Roper puso fecha al comienzo de la crisis, hacia 1620, haciéndose evidente en 1640; su causa, “l'excessiu cost de manteniment de l'aparell de l'Estat, generador d'un confrontament entre la Cort i el país” (“el excesivo coste de mantenimiento del aparato del estado, generador del enfrentamiento entre la corte y el país”, Gual y Vila, 1995).

Por otro lado, A. D. Lublinskaya, en *French absolutism*, realizó una crítica a estas consideraciones. Para la autora “*no debía verse [...] como la lucha entre dos formas sociales puras, feudalismo y capitalismo, sino como una etapa de características propias*” (Lublinskaya, 1983: 8). Explicaba que la etiqueta de “crisis” había servido para denominar a un siglo que cabalgaba entre el Renacimiento del siglo XVI y la Ilustración del siglo XVIII.

T. K. Raab definía la crisis como “*una breve y aguda fase de deterioro, consecuencia de una progresiva degradación, pero claramente peor que la situación anterior, y que provoca necesariamente una resolución (en forma de colapso o de recuperación)*” (Munck, 1994: 268). No solo era una crítica a la situación política, sino también a los cambios intelectuales, sociales y culturales.

En una obra más reciente, *El siglo maldito* de 2013, Geoffrey Parker abarca un gran número de temas relacionados con las revueltas, los conflictos y las catástrofes, todos ellos bajo un denominador común, el clima. En su opinión, no se han llevado a cabo estudios suficientes que relacionen el clima con los desastres humanos. En el siglo XVII las condiciones climáticas se volvieron extremas en determinados momentos y lugares, incidiendo directamente sobre la base fundamental de la vida moderna, las cosechas. Diversos autores, entre ellos Parker, han coincidido en establecer el inicio de la “*fatal sinergia*” en 1618, y su final en las décadas finales del siglo.

Especialmente duro fue el período de 1640 a 1690, que fue llamado “Pequeña Edad de Hielo”, donde se registraron temperaturas extremadamente bajas tanto en invierno como en verano, y que no han tenido datos comparables hasta la actualidad. Se anotaron durante todo el siglo varios años sin verano, como 1628 o 1675. En los inviernos especialmente crudos los grandes ríos europeos se congelaban. Así fue en el estrecho del Bósforo en el invierno de 1620, en 1649 sucedió en el Támesis (se repetiría en los años 60, 70 y 80), y una década después, en el Danubio, el Meno y el Rin. Las lluvias torrenciales se combinaban con temporadas muy largas de sequía (en el sur de Francia se registraron 360 días sin lluvia en la década de los 50) (Parker, 2013) [Anexo 1].

La combinación de los factores ambientales produjo resultados catastróficos en todos los estados, no solo de Europa, sino que Asia y América también se vieron afectadas. La pérdida de las cosechas, sobre todo del “alimento básico” (cereales, arroz, maíz y mijo en los diferentes continentes), provocaba la fluctuación de los precios en el mercado, la falta de mercancías para la venta, y en el extremo de la cadena, la hambruna y la muerte.

En el *Leviatán*, Hobbes describía la situación: “*no hay lugar para la industria [...], tampoco cultivo de la tierra; ni navegación; [...] ni artes; ni letras; ni sociedad*” y continuaba diciendo que “*para el hombre [solo existe] una vida solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta*” (Parker, 2013: 25).

Otra de las características de este siglo fueron los levantamientos populares y las revoluciones que asolaron todo el territorio, no solo europeo, sino también el continente asiático y el americano. Para referirse a los levantamientos hay diversos sustantivos en las fuentes. En algunos casos se pueden utilizar como sinónimos, pero conviene diferenciarlos:

- Disturbios y tumultos: son “*l'esclat violent, sobtat i espontani, de curta duració*” (“el estallido violento, repentino y espontáneo, de corta duración”, Gual i Vila, 1995). No llegaban a afectar en gran medida al estado y solían quedarse dentro de las fronteras de una comunidad o ciudad.
- Revuelta y rebelión: buscan “*la reforma, el canvi relatiu en l'economia, la societat o la política*” (“la reforma, el cambio relativo en la economía, la sociedad o la política”, Gual i Vila, 1995). No eran protestas a la monarquía o hacia el régimen establecido, sino a los abusos de poder de algunos dirigentes o las malas políticas de gobierno. La diferencia entre las revueltas rurales y urbanas era la participación de los grupos dominantes, la nobleza podía actuar como aliada en las rurales, y como oposición en las urbanas.
- Revolución: es “*l'aixecament que busca la ruptura radical amb la situació vigent, ja sigui des del punt de vista polític, econòmic o social*” (“el levantamiento que busca la ruptura radical con la situación vigente, ya sea desde el punto de vista político, económico o social”, Gual i Vila, 1995). Las condiciones por las que se identifican las revoluciones son: que tenga unas dimensiones considerables, es decir, que traspase las fronteras de una comunidad a otra, que genere cambios trascendentales, y que triunfe, dando lugar a algún cambio jerárquico o social (Munck, 1994). La Revolución Inglesa es el mayor ejemplo de esta época.

El debate dentro de los levantamientos también estaba servido. La razón era bajo qué términos había que hablar para referirse a sus protagonistas. Boris Porshnev, en 1948 explicaba las revueltas populares de Francia como una lucha de clases: “*campesinos y burgueses contra la aristocracia feudal*” (Lublinskaya, 1983: 8). También Richard van Dülmen hablaba en términos de clase, además de atribuir a los rebeldes una conciencia política mayor:

“*el impulso vino mucho más [...] de una voluntad de independencia estamental antiabsolutista, sin duda marcada y deformada por intereses de clase, de una voluntad de*

autonomía y libertad estamental y en parte burguesa radicalizada bajo la presión de la centralización del poder real, pero apenas relacionada con los intereses de la economía de mercado” (van Dülmen, 1984: 343)

En la opinión opuesta se encontraba Roland Mousnier; para este autor no era posible hablar de “sistema de clases” hasta el siglo XVIII en adelante, puesto que en este término influían los sectores productivos a los que pertenecen esas “clases” y el capital. Para Mousnier sería más correcto hablar de órdenes y estados, que tenían en cuenta *“la dignidad asignada por la sociedad a funciones sociales que pueden no tener ninguna relación con la producción de bienes materiales”* (Mousnier, 1976: 15).

3. COYUNTURA ECONÓMICA Y SOCIAL

ASPECTOS ECONÓMICOS

Pese a que en el siglo XVI todavía predominaban los intercambios en especie, aun cuando el sistema monetario estaba en pleno desarrollo, los metales procedentes de África y América hacían que el valor del dinero disminuyera pero también producían un aumento de los precios. Entre 1571 y 1574 se produjo una crisis agraria, que afectó en gran medida al campo (en las ciudades podían sobrellevar mejor las carencias de alimento pues existían más reservas de cereal). En consecuencia, los gobiernos europeos tomaron medidas “proteccionistas” como la prohibición de exportar cereal, orientar la economía a las reservas de alimento o influir en las políticas de compra-venta (van Dülmen, 1984).

El sector agrario era predominante en la economía del siglo XVII y todavía hundía sus raíces en bases medievales. Es cierto que los aumentos de población y el desarrollo del comercio obligaron a modernizar las técnicas, a comercializar en mayor medida la producción y a especializar el trabajo. La producción era destinada a cubrir las necesidades de las ciudades y el comercio, y una pequeña parte de esta era la que se dedicaba a la subsistencia del campesinado. En los Países Bajos, donde el régimen señorial no había tenido tanto peso y había bastantes campesinos libres con tierras en propiedad, la agricultura se especializó más que en otros lugares, permitiendo así su comercialización. En Inglaterra fue un proceso algo más lento, pero ambas zonas fueron pioneras en la comercialización de la agricultura (Munck, 1994).

En el este, la zona rusa quedaba prácticamente aislada del continente europeo por las condiciones físicas del territorio y las diferencias culturales. En estos lugares había una lucha por el comercio de cereales, pieles y lino que salían de las llanuras orientales de la Mancomunidad Polaco-Lituana y Rusia (Munck, 1994).

La división de los terrenos en Europa era muy dispar dependiendo de la orografía y del clima. En el norte predominaban las grandes llanuras donde los períodos de lluvia eran regulares. Esto permitía la formación de campos abiertos de gran tamaño, y la técnica más extendida era la rotación de cultivos, plantando productos de invierno, de primavera, y dejando en barbecho hasta la temporada siguiente (di Simplicio, 1989). Las Provincias Unidas del norte,

una vez independientes de España, se convirtieron en uno de los centros económicos más dinámicos de Europa, con gran influencia en el Báltico y en el Atlántico.

En las montañas y colinas del Mediterráneo, donde el clima proporcionaba lluvias más irregulares, eran más rentables los campos cerrados y las propiedades pequeñas en las que predominaban los cultivos de cereales de invierno, sin más rotación que al barbecho. Además, según Thomas Munck

"desde 1580 hasta 1621 [...] la mayor parte del área mediterránea inició una regresión progresiva desde una producción muy especializada y unos servicios altamente cualificados a una estructura vinculada sobre todo a la producción de materias primas para su empleo en distintas partes de Europa" (Munck, 1994: 168).

Alrededor de las ciudades y las poblaciones, existían zonas comunes que podían dedicarse al pasto para el ganado, pero esto no significaba que hubiese un equilibrio entre ambas actividades, de hecho los rendimientos eran muy bajos (di Simplicio, 1989).

La nobleza poseía la mayor concentración de tierras en propiedad, en detrimento cada vez mayor de la Iglesia. A su vez, iban a pareciendo nuevos propietarios, de menor consideración social, pero que se habían enriquecido gracias al comercio cada vez más provechoso. Estos eran comerciantes, artesanos y miembros del funcionariado, que no eran bien recibidos en las comunidades rurales.

También existía una incipiente protoindustria, sobre todo llevada a cabo a nivel local, en talleres familiares, y organizada en gremios, que producía artículos básicos o se dedicaba a la metalurgia o a la construcción. Las mejoras en este sector permitían abaratar los productos, aunque todavía en beneficio de unos pocos.

El aumento tanto de producción agrícola como manufacturera provocó el florecimiento del comercio a larga distancia y, aunque las rutas terrestres eran más inseguras y tenían un mayor coste, las rutas marítimas conocieron su momento de esplendor. Fue en este contexto cuando nacieron las compañías de rutas comerciales, como la holandesa o la inglesa. Las cuatro zonas comerciales más importantes eran el Mediterráneo, el Báltico, Europa central y la costa atlántica. Las potencias europeas lograron extender su influencia por todo el mundo gracias a estas compañías de indias, pues no solo viajaban los productos, sino también las personas y las ideas. Con todo ello, la circulación monetaria se hizo más intensa y se crearon las bolsas para realizar transacciones.

GUERRA Y PRESIÓN FISCAL

En la economía europea influyó de gran manera la guerra. El siglo XVII se consideró una época muy belicosa, *“la guerra, más que la paz, se había convertido en el estado normal de la sociedad”*, de hecho, Hobbes postuló que *“el estado natural del hombre era la guerra”* (Parker, 2013: 78-80).

El paso de tropas (amigas o enemigas) por una aldea o comunidad suponía la pérdida casi total de su abastecimiento. Los soldados se aprovechaban de los habitantes, llegando a cometer atrocidades abusando de su autoridad (destrucción de hogares, de campos, robos, violaciones, asesinatos) y dando pie a la propagación de enfermedades. Además el coste económico de la guerra, la creación de flotas y de fortalezas, y el mantenimiento de los soldados, se sufragaba mediante los impuestos, la creación de nuevos monopolios estatales o la devaluación de la moneda (Parker, 2013).

La modificación y creación de nuevos impuestos fue un sistema muy recurrente para sufragar los gastos de la guerra y las pérdidas en el comercio. Para su recaudación eran elegidos los “oficiales de finanzas” o recaudadores que iban a las ciudades y comunidades rurales. Los impuestos directos se recogían casa por casa y recaían fundamentalmente sobre los campesinos, pues otros órdenes de la sociedad estaban exentos. El más famoso era la “taille” francesa, este impuesto *“designa el conjunt d’impostos estatals exigits individualmet”* (“designa el conjunto de impuestos estatales exigidos individualmente”, Gual i Vila, 1995). El monto total del impuesto era establecido para una comunidad y repartido entre sus habitantes, si entre ellos había alguien exento de pagarla o huía de su hogar para evadirlo, su cantidad era repartida entre los demás vecinos, aumentando así la cifra a pagar. Para suplir las cantidades no pagadas los gobiernos creaban también impuestos indirectos (Parker, 2013). Los impuestos indirectos eran una cantidad fija que gravaba el consumo, y se arrendaban mediante una subasta pública. En Francia la “gabelle” sobre la sal, y las “aides” sobre los productos que llegaban a la ciudad, o en España, la “alcabala” sobre las ventas, y los “millones” sobre otros productos, eran de los más controvertidos.

SITUACIÓN DEMOGRÁFICA

La población europea experimentó un crecimiento demográfico sin precedentes durante el siglo XVI, llegando aproximadamente a los 100 millones en torno al año 1600, pero en el XVII ese crecimiento se frenó y quedó estancado hasta finales de la centuria. Las diferencias entre regiones se acentuaron debido a la crisis económica, a la escasez y la mala calidad de los alimentos, a las epidemias, a los desastres climáticos, y a las guerras y conflictos que asolaron todo el territorio europeo (el Sacro Imperio llegó a perder en determinados territorios hasta un 70% de su población). Casi un tercio (más en algunos lugares) de la población mundial desapareció. De entre las grandes potencias de este período, Francia, los Países Bajos y las islas Británicas, fueron los que más crecieron en población, mientras que Italia, la corona Hispánica y el Sacro Imperio, la perdieron (van Dülmen, 1984).

Durante todo el siglo, la peste hizo su aparición en diversos lugares y repetidas veces. La peste y otras enfermedades (gripe, tifus, viruela, fiebre tifoidea, disentería) menguaron las poblaciones, causando la muerte de sus habitantes o su huida. Las ciudades, por su mayor densidad y la poca salubridad de los hogares, sufrían más estos episodios a pesar de la revisión de las obras médicas de Galeno y de las “Juntas de salud” (T. Munck, 1994).

Gran parte de la sociedad de comienzos de siglo vivía en el campo, pero las ciudades crecieron, sobre todo en la zona atlántica y báltica, debido a las migraciones en busca de más oportunidades laborales. El lento crecimiento demográfico y económico mantuvo la existencia de una sociedad estamental, con diferentes grados de intensidad según las regiones. Se acrecentó, así mismo, la brecha cultural, pudiendo distinguir tres planos en ella: la oposición entre cultura popular y cultura aristocrática, la aparición de una “élite cultural de la erudición”, y la diferenciación de los sistemas religiosos (van Dülmen, 1984).

MUNDO RURAL

Como hemos analizado anteriormente, existía un debate sobre si la sociedad del siglo XVII era una sociedad de clases o no. Roland Mousnier negaba esa división, y hablaba, en su obra *Furores campesinos: los campesinos en las revueltas del siglo XVII (Francia, Rusia, China)*, de una sociedad estratificada en tres grupos con representación institucional propia: las familias con linaje, los “cuerpos y colegios” (donde se agrupaban los cargos públicos y los funcionarios), y las “comunidades territoriales” (Mousnier, 1976). Este autor hacía referencia en este caso a la sociedad francesa, pero es extrapolable a otros estados europeos.

En términos sociales, hablaba de órdenes, entre los que se encontraban, en primer lugar, el clero, en segundo lugar la nobleza, y por último el pueblo llano o “tercer estado”, que era el más amplio. Las subdivisiones dentro de estos órdenes eran los estados. Dentro del pueblo llano nos encontraríamos con los funcionarios, los mercaderes, las “gentes de oficios”, los campesinos y los vagabundos. La “burguesía” o los “burgueses” eran términos que hacían referencia a aquellos que vivían en las ciudades, no a una clase social.

Este “tercer estado” es el que más nos interesa, concretamente el mundo rural de campesinos, jornaleros y pequeños artesanos.

El término “campesinado” en la Europa del siglo XVII “no se puede emplear como marchamo preciso de un grupo coherente y fácilmente diferenciado” (Munck, 1994: 331). Dentro de la masa campesina había diferentes condiciones. La servidumbre había desaparecido en la Europa occidental hasta la orilla del Elba, pero había colonos sometidos a unas condiciones más duras bajo un señor, a los que la necesidad les impedía romper con esa sumisión. Al este del Elba los campesinos estaban ligados a la tierra por lazos de servidumbre, y aunque podían tener pequeñas propiedades, no tenían derechos sobre ellas; estos campesinos podían comprarse y venderse (esta condición no terminaría hasta el siglo XVIII).

El nivel económico de estas personas también variaba, habiendo así campesinos con tierras suficientes y animales de tiro que les permitían obtener un mayor rendimiento en sus producciones y por tanto, un nivel de vida cómodo [sin olvidar que “menos de una décima parte del campesinado podía afrontar las necesidades de los años de malas cosechas” (Munck, 1994: 337)], y otros que apenas contaban con sus manos para trabajar. Mousnier clasificaba a los campesinos en “labradores” con terrenos considerables que destinaban a la agricultura de mercado, “aparceros” con propiedades más familiares, otros aparceros que denominaba

“haricotiers” o “bordiers” y que necesitaban complementar el trabajo en el campo con otros trabajos, y los “braceros” o “jornaleros”, que trabajaban para otros campesinos o directamente para el señor a cambio de un jornal (Mousnier, 1976).

Cerca de las ciudades predominaban estos colonos con un poder adquisitivo mayor, ya que podían optar a trabajos complementarios (Munck, 1994), mientras que en las comunidades y aldeas más alejadas el nivel económico y la dimensión de las propiedades disminuían. Por supuesto, había fluctuaciones dentro de esta jerarquía (frecuentemente descensos). Los factores geográficos y climáticos también influían en la condición de esos campesinos (la calidad de la tierra, la orografía del terreno, los períodos de sequía o de lluvias, todo ello tenía diferentes efectos en las cosechas y, por lo tanto, en la vida de los campesinos).

Los años de buen tiempo, antes de que comenzaran las catástrofes climáticas, animaron a muchos campesinos a adquirir tierras en zonas marginales (más asequibles para ellos), pero una vez llegado el cambio climático estas familias perdieron su inversión y sus tierras, pues si en zonas fértiles las cosechas se perdían, en esas tierras marginales no tenían ninguna oportunidad. En ese momento su única vía de escape era marchar a la ciudad en busca de futuro, provocando una sobre población y un mayor foco de enfermedades y pobreza.

El conjunto de familias campesinas que convivían y trabajaban en un mismo núcleo formaban las comunidades de aldea, que llegaba a tener una mentalidad y una tradición propias, así como unas normas de uso de la tierra propias (fruto de la emancipación de su condición de siervos entre los siglos XI y XIV). Yves-Marie Bercé describía la comunidad como *“unitat essencial d’hàbitat, de pràctica religiosa, d’exercici de justicia, d’autodefensa militar, de base fiscal”* (“unidad de hábitat, práctica religiosa, ejercicio de justicia, autodefensa militar, base fiscal”) (Gual i Vila, 1995). El punto de reunión para la discusión de asuntos de la comunidad era la iglesia, de este modo establecían también relaciones dentro del territorio más amplio de la parroquia. Su función era más social que religiosa, de hecho la *“fe significaba un conjunto multiforme de creencias y prácticas colectivas; era una mezcla de cristianismo, folklore local y restos de paganismo”* (di Simplicio, 1989: 24).

Entre los habitantes de una misma comunidad existían varios tipos de solidaridad: una primordial, simplemente derivada de la sensación de inseguridad provocada por la frágil balanza en la que se encontraban los campesinos; una solidaridad de supervivencia, por la que controlar el mercado de su comunidad e intentar sacar el mayor beneficio en las transacciones siempre que fuese posible, era de vital importancia; una solidaridad en el sistema de explotación del suelo; y por último una solidaridad fiscal, puesto que los

impuestos, como la “taille” en Francia, se repartían en tasas que afectaban a toda la comunidad, no personalmente (esto quiere decir que si una persona dejaba de pagar su parte impositiva, esta se repartía entre el resto de los vecinos) (Gual i Vila, 1995). Di Simplicio describía así la situación de la comunidad:

“En la era preindustrial, los campesinos se reconocían de buen grado en el sitio que les había asignado una sociedad intensamente jerarquizada. Las divisiones de roles y funciones los colocaban en el último peldaño de la escala social. La rígida separación entre los grupos humanos determinaba que el esfuerzo de muchos sostuviera el bienestar de unos pocos. Así se concebía el mundo: siempre, desde tiempo inmemoriales, había habido quien tuviese que <<sembrar patatas>>” (di Simplicio, 1989: 9).

Esta sumisión y aceptación “de buen grado” a esa condición campesina, era consentida a cambio de la protección y la defensa que debía ofrecer el señor de ese territorio (señorío). Obviamente no era una protección gratuita pues los habitantes de estas comunidades debían pagar rentas por sus tierras, tributos al propio señor o a la iglesia, participar en el servicio militar, impuestos al estado y servicios o días de trabajo obligatorios establecidos por el señor. No siempre se cumplía el buen trato y había casos de violencia y de abusos de poder.

4. RASGOS POLÍTICOS Y GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

CRECIMIENTO DEL ESTADO MODERNO

Estos cambios económicos y sociales, que daban paso a la plena Edad Moderna, tuvieron sus manifestaciones en los estados. Se produjo el cambio de “*una autonomización de la soberanía tradicional a un Estado territorial cerrado*”, la creación de una administración fuerte, y “*la implantación de un sistema tributario*” (van Dülmen, 1984: 33) que afectaba a todos los súbditos.

El poder de los príncipes estaba en expansión en este proceso de formación del Estado Moderno, así como el sistema tributario y la propia sociedad. Las comunidades de aldea eran prácticamente ajenas a estos cambios, por ello, cualquier tipo de intervención externa en ellas se veía como una amenaza y como motivo de protesta. En las comunidades tenían más peso las autoridades locales o eclesiásticas, que los funcionarios enviados por el rey para supervisar el gobierno. Existían también asambleas “representativas” en mayor o menor grado, que se repartían las competencias reales, sobre todo las relacionadas con la fiscalidad (Munck, 1994).

Francia entró en el siglo XVII como una potencia fuerte tras los conflictos religiosos intestinos del siglo anterior. A la muerte de Enrique IV en 1610, María de Médici ejerció como regente hasta la proclamación de su hijo Luis XIII en 1617. El Cardenal Richelieu fue nombrado primer ministro en 1624, convirtiéndose así en uno de los hombres más influyentes de la corte. Bajo este gobierno Francia expandió sus fronteras dentro y fuera del continente. En 1642 tanto Richelieu como Luis XIII fallecieron, Mazarino sucedió al Cardenal y la regencia pasó a Ana de Austria, hasta la mayoría de edad de Luis XIV. Con él tomó mayor impulso el absolutismo monárquico y la centralización estatal (Price, 2016).

En España, el siglo XVII fue la época de los validos, personas de confianza del rey que le servían como ministros. Felipe IV reinó en la Corona Hispánica desde 1621 hasta 1665 y el conde-duque de Olivares, Gaspar de Guzmán, se encargó de los asuntos de gobierno hasta su destitución en 1643. Los esfuerzos expansivos frente a Francia, con la que entró en guerra en 1635, se vieron truncados en 1640, año en que las políticas del valido hicieron estallar diversos conflictos que amenazaron los territorios de la Corona (Parker. 2013).

Otro de los grandes estados en formación era Rusia. Iván IV hizo más fuerte la figura del monarca, pasando a denominarse zar, dando comienzo al zarato ruso, y creando una fuerte burocracia para un estado en expansión. A su muerte se abrió un período de inestabilidad llamado “Período Tumultuoso”, donde los zares comenzaron a sucederse unos tras otros, y se decretó la servidumbre campesina. Pero el corazón burocrático creado por Iván IV sobrevivió, y en asamblea se eligió un nuevo zar, Miguel I Romanov en 1613. Durante su zarato y el de su hijo Alejo I hubo continuas rebeliones campesinas de la mano de los cosacos, así como con sus estados vecinos (la Mancomunidad Polaco-Lituana y Suecia). Pedro I tomó el título de emperador a finales de siglo, consolidando así el modelo absolutista (Mousnier, 1976).

En el centro de Europa, el Sacro Imperio continuaba siendo un ente imperial, con diferentes estados bajo el mando de un emperador. En el siglo XVII su trayectoria estuvo marcada por la Guerra de los Treinta Años.

GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

Según el autor Richard van Dülmen este conflicto fue “*la primera guerra (civil) generalizada europea*” (van Dülmen, 1984: 371). Fue una guerra internacional, pues en ella participaron varios estados europeos tanto directa como indirectamente. Se define como un enfrentamiento en principio político-dinástico, pero se vio influido por la crisis socioeconómica y la lucha religiosa entre Reforma y Contrarreforma.

Existieron una serie de factores previos al estallido de la guerra: los conflictos entre Francia y la casa Habsburgo (reinante en el Sacro Imperio y en la Monarquía Hispánica), la guerra entre España y los Países Bajos, el enfrentamiento interno en los Países Bajos entre católicos y protestantes, el crecimiento de Dinamarca y Suecia como potencias, el choque entre absolutismo y parlamentarismo, la búsqueda y creación de nuevas rutas comerciales, y la consigna de “cuius regio eius religió” establecida en 1555 en la Paz de Augsburgo.

El Sacro Imperio Romano Germánico era un conjunto de territorios que abarcaban los actuales países de Alemania, Austria, Eslovenia, República Checa, el oeste de Polonia y el este de Francia. El gobierno de este conjunto recaía en unos 1300 “soberanos territoriales” (Parker, 2013) entre príncipes, condes y obispos, pero también existían ciudades libres, y todos ellos actuaban bajo la cabeza de un emperador elegido mediante votación. Por esta razón las disputas locales y dinásticas eran frecuentes.

Fue en estos territorios donde tres situaciones concretas precipitaron la Guerra de los Treinta años:

1. La creación, en 1608, de dos ligas opuestas: la Liga Evangélica o Protestante bajo la dirección de Federico IV del Palatinado, y la Liga Católica de Maximiliano I, duque de Baviera.
2. La sucesión de los ducados de Julich y Cléveris, entre otros; se encontraban en la frontera entre el Imperio, Francia y los Países Bajos, y habían sido gobernados conjuntamente por el duque de Cléveris, que había muerto sin descendencia. Tras varios años de enfrentamientos armados, en 1614 se firmó el Tratado de Xanten, por el que se procedería a la partición de los territorios entre fueron Wolfgang Guillermo del Palatinado Renano y Juan Segismundo de Brandemburgo.
3. En 1611 fue coronado Matías I, que gobernó no sin problemas en los territorios que poseía directamente, hasta 1619. Murió sin descendencia, y fue elegido el católico y absolutista Fernando II de Habsburgo. En los últimos días de gobierno de Matías I estalló el conflicto en Bohemia.

Antes de su muerte, Matías I y el arquiduque Fernando ordenaron “*a sus regentes en Praga que prohibieran el uso de fondos católicos para pagar a ministros protestantes*”, que los protestantes no pudieran ejercer cargos públicos, y prohibieron “*el culto protestante en todos los municipios edificados en terrenos de la Iglesia*” (Parker, 2013: 375). Para Bohemia era una violación de sus derechos políticos y religiosos. En mayo de 1618 los Estados de Bohemia se reunieron en asamblea y decidieron no jurar fidelidad al recién nombrado rey de Bohemia, el archiduque Fernando. El Consejo de Regencia declaró ilegal dicha asamblea, pero tres de sus representantes fueron arrojados por la ventana en un episodio que se conoce como la “Tercera Defenestración de Praga”. Seguidamente, se creó en Praga un gobierno provisional y un ejército protestante con la ayuda de la Unión Protestante.

Un año más tarde, en marzo de 1619, Matías I murió y le sucedió el archiduque Fernando como emperador. En agosto, los Estados de Bohemia decidieron elegir a su propio monarca, y la corona recayó sobre Federico V del Palatinado que fue apodado “el rey del invierno” porque su reinado fue muy breve. El duque Maximiliano de Baviera y la Liga Católica contraatacaron invadiendo Bohemia. En noviembre de 1620 volvieron a medir sus fuerzas en la batalla de la Montaña Blanca, donde Federico V fue derrotado. El territorio de Bohemia quedó a merced de las pretensiones absolutistas y católicas de Fernando II. El resto de territorios protestantes, buscaron protección y ayuda en el exterior del imperio, dando lugar a la internacionalización del

conflicto. Los países que podían mostrarse más dispuestos a prestar ayuda fueron Dinamarca y Suecia.

Cristian IV de Dinamarca envió a su ejército en 1626, y ante esta amenaza, Maximiliano de Baviera pidió refuerzos al emperador que envió a un noble bohemio, Albrecht von Wallenstein, al mando del ejército imperial, que constaba de unos 100.000 hombres. La zona norte del Imperio, frontera con Dinamarca, fue ocupada por el emperador, dando pie al enfrentamiento entre los ejércitos imperiales y daneses en la batalla de Lutter-am-Barenberge. Los daneses fueron derrotados pero su campaña continuó hasta 1629, cuando se firmó la Paz de Lübeck. Los territorios de Dinamarca fueron devueltos a cambio de la no intervención de este país.

La desconfianza de las tropas en el general Wallenstein, provocó su destitución en la Dieta de Ratisbona de 1630. En este mismo año, Gustavo II Adolfo de Suecia, entró en el conflicto del lado de los protestantes y con algunos recursos recibidos de Francia. Obtuvieron algunas victorias, como la de Breitenfeld y Lützen pero, en esta última, a costa de la muerte de su rey. El interregno en Suecia y el renombramiento de Wallenstein al frente de los ejércitos imperiales, se conjugaron para dar la victoria al Imperio en la batalla de Nordlingen en 1634. Wallenstein fue asesinado en este año por sus propias tropas.

Un año más tarde, el Cardenal Richelieu, decidió involucrar a Francia en el conflicto pero del lado de los protestantes. En el Imperio, el duque de Sajonia estableció conversaciones con el bando protestante y el católico para lograr algún acuerdo, consiguiendo la Paz de Praga. Pero la guerra contra las potencias extranjeras continuaba, y hasta 1644 no se retomaron las negociaciones bajo la dirección de Suecia y Francia. El proceso culminó con la Paz de Westfalia en 1648, que constaba de la Paz de Münster y la de Osnabrück, por las que se ponía fin a la lucha entre Francia, Suecia y el Imperio. Francia y España no firmarían la paz hasta 1655 (Paz de los Pirineos). Dinamarca y Suecia pactarían con Polonia en 1660 las paces de Copenhague y de Oliwa.

Los objetivos de todos estos acuerdos pretendían restituir el orden en el continente europeo, mantener la paz religiosa, que no existiera un predominio de ninguna potencia sobre las demás, y la existencia de un sistema absolutista acordado por todos los monarcas. Por otro lado, en el Imperio, el emperador se convirtió en rey absoluto de todos sus territorios. (Parker, 2013; van Dülmen, 1984).

5. LEVANTAMIENTOS POPULARES Y

CONFLICTOS REVOLUCIONARIOS DE SIGLO

XVII

CARACTERÍSTICAS GENERALES

Todos los factores que hemos analizado y que conforman el universo de la crisis del siglo XVII, tuvieron su reflejo y contestación en las capas sociales que más los sufrieron. En las sociedades rurales, en las aldeas, había dos elementos característicos, la preservación de la tradición y la desconfianza hacia los cambios o innovaciones que llegasen del exterior. Por ello las intervenciones por parte del Estado, ya fuese mediante el alojamiento de tropas, el cobro de impuestos nuevos [o el simple rumor de que se iban a establecer nuevas cargas: “la creeça que un impost, a voltes imaginari, amenaçava la comunitat” (“la creencia en que un impuesto, a veces imaginario, amenazaba la comunidad”, Gual i Vila, 1995)] o la intervención en el mercado de los productos agrícolas, podían hacer estallar tensiones dentro de la comunidad, que con frecuencia, se extendieron por aldeas vecinas y ciudades, y llegaron a suponer un grave problema para el Estado. Las fiestas eran una válvula de escape a estas tensiones, especialmente aquellas en las que la inversión de roles estaba permitida, como el Carnaval. A pesar de ello, en estas fiesta también surgía la violencia entre los participantes, pero no transgredía los límites que podían ser considerados cotidianos (di Simplicio, 1989).

Los protagonistas de las revueltas tienen diferentes calificativos en las fuentes: “canalla”, “populacho”, “pueblo bajo”, “pobres”. En las ciudades, según Engels, los sublevados era un “*pre-proletariado del artesanado y la manufactura*”, también pequeños artesanos empobrecidos, y “*personas sin profesión definida [ni] domicilio fijo*” (Porshnev, 1978: 247-248). Es decir, las capas sociales más bajas del pueblo llano. En el campo eran los campesinos, los medianos y pequeños labradores y los pequeños propietarios quienes tomaban la iniciativa, con apoyo de los más pobres, y de algunos miembros de la nobleza rural y el bajo clero, a los que el hecho de que los campesinos tuvieran que pagar más al Estado, les afectaba directamente, porque era posible que a ellos les llegaran menos rentas si el campesinado se empobrecía más. Los campesinos que vivían cerca de las ciudades que se levantaban, solían ser los primeros apoyos de estas. En ocasiones, los estados sociales más altos prestaban su apoyo en las revueltas porque veían que podían salir beneficiados, pero cuando los episodios de violencia trascendían

a un plano mayor, solían retirar su ayuda por temor a las represalias (Lublinskaya, 1983; Porshnev, 1978)

Geoffrey Parker llamaba a los lugares donde frecuentemente había levantamientos, “*oasis de insurrección*”, pues solían tener unas condiciones geográficas o jurídicas determinadas que las hacían más propensas a la rebelión. Así mismo, también podía fijarse un tiempo para las revueltas, en el que normalmente las personas no trabajaban o se relacionaban con otras masas populares, como la primavera (cuando las cosechas del año anterior se terminaban), los días de mercado o los festivos religiosos. En varios focos de revueltas se hacía presente el uso de insignias y símbolos, normalmente de color rojo, como banderas o gorros, y la creación de rimas, emblemas o canciones. Gritos como “¡Viva el rey, muera el mal gobierno!” o “¡Viva el rey sin la gabella!” se escucharon en diferentes puntos de Europa. También han llegado hasta nuestros días canciones como *Els segadors*, entonada en Cataluña en 1640, que se convirtió en el himno de esta comunidad, o el *Merk toch hoe sterck*, cantado por los hinchas del fútbol holandés, que narra la defensa y resistencia de un pueblo ante los españoles en 1622 (Parker, 2013).

El procedimiento solía comenzar con un altercado en el mercado y con el “toque a rebato” de la campana de la iglesia para hacer un llamamiento a todo el pueblo, seguía con la detención, persecución o asesinato de los recaudadores, y de las autoridades que se oponían a ellos, llevando a cabo actos de humillación con sus prisioneros. La población se armaba con lo que podían (objetos de hierro, piedras, útiles de labranza o de hogar, armas de fuego si disponían de ellas), liberaban a los presos y tomaban los puntos estratégicos de la localidad. Una primera fase solía terminar pactando con las autoridades, pero era común que fracasara con el tiempo y el movimiento se radicalizara, dando lugar a la represión violenta de los cabecillas o de aquellos que detenían con las armas en la mano (Porshnev, 1978; Gual i Vila, 1995).

Antes de llegar a una revuelta, podían buscarse otras soluciones, como pedir ayuda a algún conocido que pudiera intervenir por ellos frente a los abusos, atacar a los responsables de las recaudaciones (los recaudadores o “gabelleurs”) o desobedecer las órdenes; “*la palabra gabelle tomó, pues, para las masas populares, un significado especial; no era solamente un impuesto sobre la sal, sino todo impuesto ilegal y agobiante, e incluso toda amenaza de un nuevo impuesto*” (Porshnev, 1978: 245). Estos actos de rebeldía no han dejado muchas huellas, pero sí los han hecho documentos escritos, pleitos y memoriales en los que quedaban recogidos estos enfrentamientos. Las revueltas de mayores dimensiones sí que quedaron mejor documentadas (Munck, 1994). Debido a su desorden organizativo, las grandes revueltas solían fracasar, por ello

eran más efectivas las “*tácticas de resistencia, disimulo, deserción, falso cumplimiento, escamoteo, fingida ignorancia, calumnia, incendiarismo y sabotaje*” (Parker, 2013: 857).

Para conseguir la adhesión de más personas a la causa rebelde, podían usarse tres vías de justificación. La primera se apoyaba en el pasado, en textos antiguos donde los monarcas habían puesto en práctica políticas igualitarias, también usaban obras clásicas y textos bíblicos. La segunda vía era buscar soluciones en el futuro, mediante profetas, adivinos y personas religiosas que tenían visiones, como sor Eufrasia de Berenguer, que vio la victoria de Barcelona en 1640. Por último, podían darse casos de invención de motivos para conseguir adeptos. Tanto Bogdan Jmelnytsky como Stenka Razin en Rusia, falsificaron documentos supuestamente firmados por el zar (Parker, 2013).

Según Richard van Dülmen, el trasfondo de las revueltas era el deseo de una “*conciencia autónoma*” (van Dülmen, 1984: 350), y estableció tres períodos para ellas: entre 1580 y 1590, 1630 y 1640, y finalmente 1645 y 1650, pero en realidad, prácticamente todas las décadas del XVII estuvieron salpicadas de ellas. Otra división, más general, es la que se establece a partir de la dimensión de la revuelta y la participación en ella de grupos aristocráticos. De esta forma tendríamos levantamientos o revueltas populares de la primera mitad del siglo XVII (que tendrían su inicio a mediados del XVI), entre las cuales veremos las de Inglaterra, Francia y Rusia, y grandes sublevaciones a partir de la década de 1640, en la que los protagonistas formaban parte de las élites sociales, pero también contaban con una alta participación del mundo rural, como las revueltas de la Monarquía Hispánica, y de nuevo en Rusia, los dos grandes levantamientos de final de siglo.

PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVII

INGLATERRA

En el mundo rural inglés no predominaba ya el estado campesino de la forma que lo hacía en el resto de Europa. Las “clases medias” urbanas se lanzaron a la compra de terrenos rurales a comienzos de siglo, dejando a los campesinos en una situación cada vez más difícil puesto que las leyes no les daban amparo en ese sentido. Por otra parte los señores comenzaron un proceso de centralización de las tierras que habían arrendado. Enrique VIII, en 1533, rompió con el mundo católico europeo, adoptando la religión protestante y haciéndose proclamar cabeza de la iglesia inglesa. Esto también fue motivo de protestas. Los protagonistas sí que pertenecían a la nobleza inglesa pero había un apoyo de campesinos y habitantes de las ciudades detrás (di Simplicio, 1989).

- Revuelta del Peregrinaje de Gracia en 1536: los factores económicos y religiosos se dejaron sentir en el condado de Yorkshire. Allí estalló una revuelta contra las políticas de Enrique VIII liderada por Robert Aske. Miles de sublevados ocuparon York apoyando a los monjes católicos. Las dimensiones del levantamiento obligaron al rey a conceder la negociación a los rebeldes, pero no cumplió su promesa y un año después, en 1537 volvió a estallar el conflicto en la “rebelión de Bigord”. Enrique VIII detuvo a los cabecillas Aske y Bigord, entre otros, y los ejecutó. Las resistencias que quedaban fueron derrotadas.
- Revuelta de Kett en 1549: una de las políticas económicas en el mundo rural fue el cercamiento de los terrenos, que afectaba a las zonas comunales. Un pequeño propietario, Robert Ket, encabezó esta insurrección en Norfolk, que estuvo dirigida a destruir las propiedades cercadas. A penas actuó un mes, pues fue derrotado en agosto y ejecutado, pero consiguió reunir hasta 16.000 hombres.
- Revuelta de Thomas Wyatt en 1554: fue un levantamiento de carácter popular que comenzó en Kent. La reina María I (católica) pretendía casarse con Felipe II de España, plan que desagradó a la población del condado de Kent, que bajo el mando de Wyatt (era terrateniente) se alzaron contra la reina. Su plan era apartarla del gobierno en favor de su hermana Isabel (protestante). En otros puntos de Inglaterra surgieron revueltas similares, cuyo plan era llegar hasta Londres. La insurrección comenzó en enero, y las

tropas enviadas por la Corona llegaron a abandonar a sus comandantes para unirse a Wyatt. Pero las demandas radicales le hicieron perder el apoyo de la población de Londres. Cuando Wyatt llegó a la ciudad no consiguió entrar, se rindió y más tarde fue ejecutado.

- Rebelión del Norte en 1569: diversos condes del norte de Inglaterra (en su mayoría católicos), con la coronación de Isabel I (protestante) en 1558, vieron su única salvación en la reina María de Escocia. Los condes de Westmorland y de Northumberland se rebelaron en noviembre, pero en diciembre sus tropas fueron fácilmente ahuyentadas por las fuerzas de Isabel I.

En la zona sur se estaba desarrollando ya una incipiente industria textil que desbancaba a la agricultura, por este motivo estallaron las llamadas “revueltas trigueras” según di Simplicio, en diversos años: 1585, 1594 a 1597, 1622, y 1629 a 1631. *“El objetivo de estas multitudes de artesanos rurales, y trabajadores agrícolas [...] era impedir el transporte de cereales fuera de las zonas de consumo local”* (di Simplicio, 1989: 53). No eran estallidos de violencia demasiado potentes, de hecho el estado actuaba con medidas paternalistas, que calmaban los ánimos pero no mejoraban la situación. Los condados más afectados fueron Suffolk, Essex, Somerset y Hampshire entre otros.

Ya en el siglo XVII, las revueltas sí que tuvieron un componente más rural. Estas ocurrieron cuando el rey Carlos I, intentaba intervenir en las zonas comunales de bosques y pantanos, interfiriendo así en la forma tradicional de vida de las comunidades allí asentadas (di Simplicio, 1989).

Las “revueltas forestales de 1626 a 1660” engloban una serie de levantamientos en diferentes lugares de Inglaterra:

- La “Rebelión Occidental” tuvo lugar en Gloucestershire, Wiltshire y Leicestershire, entre 1626 y 1632, en las zonas boscosas donde convivían pequeños campesinos propietarios de tierras y bosques, y campesinos más pobres que trabajaban como jornaleros (“cottagers”). El rey pretendía vender las zonas comunales y por este motivo estallaron las revueltas en Worcester, Leicester, Gloucester, Frampton y Wooton, entre otras comunidades. El rey pronto sofocó estos motines por miedo a que hubiese nobles detrás y pudieran causar más estragos.
- Las revueltas en los pantanos, entre 1627 y 1640, incluían los territorios de Yorkshire, Nottinghamshire y Lincolnshire. El motivo fue similar al de la Rebelión Oriental, pues el rey pretendía desecar estas zonas que servían de sustento a la población. Cuando los

trabajos de desecación comenzaron, las revueltas estallaron, y a pesar de los sobornos, que algunos campesinos con poder adquisitivo aceptaron, los rebeldes siguieron protestando hasta que acabaron detenidos y multados.

- Durante la guerra civil inglesa también hubo revueltas en el campo, a veces con posturas más radicales debido a la actuación de Gerrard Winstanley, fundador de los “True Levellers”, uno de los diferentes grupos políticos que habían surgido durante el conflicto entre la Monarquía y el Parlamento, junto a los “Levellers” y los “Diggers”. Luchaban por la igualdad y contra la propiedad de la tierra que era la fuente de la desigualdad, y procedían a la ocupación y cultivo de las tierras comunales.

FRANCIA

Francia es una de las potencias mejor estudiadas en el ámbito de los levantamientos populares debido a su cantidad e importancia. El estado francés estaba integrado por siete provincias con autonomía, denominadas “Pays d’États”, que eran Bretaña, Borgoña, el Delfinado, Guyena, Languedoc, Normandía y Provenza. El resto de territorios, que eran aproximadamente los dos tercios restantes del estado, eran “Pays d’Élections”, dirigidos desde París (Parker, 2013).

Los precedentes de los levantamientos populares franceses fueron las revueltas de la segunda mitad del siglo XVI en Guyena en 1548, y en el Perigord y el Lemosin de 1593 a 1595.

En Guyena se llamó la revuelta de los “pitauds” y según di Simplicio esta revuelta se tomó como referencia porque en ella aparecían todos los elementos:

“profundo malestar social de los campesinos, fiscalismo real en aumento, frente unido de aldeas en lucha, oportunismo de los nobles, presencia entre los insurgentes de cabecillas de diferente extracción social, hostilidad a la burguesía comercial o a la ciudad en su conjunto y, por último, represión de la corona” (di Simplicio, 1989: 72).

En los años 1541, 1544 y 1547 ya había habido motines de protesta contra el impuesto de la sal establecido por Francisco I. La verdadera revuelta estalló en la región de Angoumois en 1548 por la peste y la nueva subida del impuesto. En torno a unos 10.000 campesinos con apoyo de clérigos y nobles locales, lanzaron protestas contra los recaudadores (miembros de la burguesía de las ciudades) y llegaron a sitiar ciudades como Burdeos y Saintes. El movimiento

fue creciendo mediante la difusión de panfletos llamando a la adhesión. No hubo muchas víctimas mortales en la revuelta pero sí en su represión por parte del ejército en 1549. Finalmente el rey eliminó la gabela (di Simplicio, 1989).

Los rebeldes del Perigord y el Lemosín fueron apodados “croquants” (el significado de esta palabra es “crujiente”). El levantamiento estaba dirigido por las élites locales, también iba en contra de los recaudadores, los impuestos y sus destinatarios, las tropas, y participaron en él campesinos, antiguos soldados y pequeños propietarios. El movimiento se fue disolviendo pues los ejércitos reales eran una barrera infranqueable. Fueron represaliados en el verano de 1595 por el ejército real pero consiguieron reducir los impuestos (van Dülmen, 1984; di Simplicio, 1989; Gual i Vila, 1995).

En ningún momento estas rebeliones pedían la abdicación del rey, ni un cambio de régimen o propuestas radicales, solo pretendían que se respetaran sus costumbres y tradiciones, y que el rey fuera justo.

En 1624 la región de Quercy se vio amenazada por la implantación del sistema de funcionarios electos para recaudar la “taille”. A finales de mayo comenzaron a formarse bandas campesinas armadas. Un boletín de ese mismo año menciona a dos personas como jefes de las bandas, Douat y Barrau, cuyos objetivos eran la disminución de la “taille” y la eliminación de los recaudadores, pero pronto se empezó a perseguir también a los propietarios ricos. El movimiento llegó a extenderse por las ciudades de Figuerac y Cahors, donde los campesinos unieron sus fuerzas a las de los “*plebeyos de las ciudades*” (Porshnev, 1978: 42). El gobernador de la provincia fue quien sofocó la revuelta y ordenó ejecutar a los cabecillas (Porshnev, 1978).

Con la llegada de Richelieu como primer ministro las cargas impositivas comenzaron a subir de nuevo, y la declaración de guerra a España y al Imperio en 1635 creó la necesidad de reclutar tropas y distribuirlas por el territorio, además de darles sustento mediante contribuciones en especie (Porshnev, 1978).

En las provincias de Saintonge, Angoumois, Poitou, Perigord y Guyena, el rey ordenó en 1636 que los impuestos directos subieran, aumentando la cantidad a casi el doble. La población se levantó y tomaron el nombre de “croquants”. El 15 de mayo, desde el sur de Angoumois la revuelta se fue extendiendo por aldeas como Aubeterre, Blanzac, Chalais y Barbezieux, llegando hasta Saintonge. Sobre la violencia hacia los recaudadores, un comisario llamado La Force escribía que “*declararse tal [parisiense] es suficiente para hacerse aporrear*” y que los rebeldes “*ejercieron una rabia tan horrible contra uno de esos pobres empleados, nativo de París, que aún vivo fue cortado en pequeños trozos*” (Mousnier, 1976: 59).

En la feria de Blanzac, el día 6 de junio, una masa de cerca de 8.000 campesinos y artesanos, que Mousnier denominaba “*comuna rural*” o “*ejército plebeyo*”, algunos armados, sembraron el terror entre los sospechosos de ser recaudadores. Crearon una asamblea para dictar una serie de condiciones que el rey debería aceptar para volver a la calma, entre las que figuraban la vuelta a “*las buenas costumbres*” y al pago de los tributos tradicionales, el cese de la centralización estatal y la eliminación de los ministros (Mousnier, 1976). Richelieu aceptó pero pedía la rendición total. En julio se enviaron tropas reales que consiguieron someter algunas zonas, pero el levantamiento se extendió hasta Poitiers. La solución llegó el 17 de julio, en una reunión en Baignes entre los rebeldes y el gobernador de Angoumois. En ella se acordó una amnistía a cambio de la sumisión a Luis XIII (no habría más levantamientos, ni ataques a recaudadores, aceptarían los pagos atrasados a cambio de estar exentos de otros futuros).

También en mayo de 1636, cerca de Nantes se produjo otro levantamiento que se extendió por Poitou y Berry, formando una comuna que incluía todas las parroquias y estableciendo ordenanzas para reorganizar los impuestos. Esta vez no pretendían trascender más allá de los límites de las parroquias. Durante el otoño y el invierno de 1636 a 1637 la situación se calmó, pero en la primavera siguiente Gascuña, Languedoc, Nirvenais y el Borbonesado se sumaron al levantamiento. Entre los “*croquants*” se generalizó el grito de “*i Viva el rey sin la gabelle!* [y] *i Viva el rey sin la taille!*” (Porshnev, 1978: 168-169). Ninguna de las dos partes había cumplido sus promesas y continuaron las revueltas hasta noviembre de 1637 (aún en 1642 y 1643 Saintonge y Angoumois conocieron motines por el impuesto del “escudo por tonel de mar” que estableció la reina regente). Toda la zona oeste, sur y centro quedó asolada por las revueltas. El de los “*croquants*” de 1636 fue el mayor estallido campesino de la historia de Francia. (Mousnier, 1976; Porshnev, 1978).

En 1637, volvió a surgir un movimiento “*croquant*” o “*neocroquant*” según van Dülmen, en el Perigord, esta vez mucho más disciplinado y organizado, y además de protestar contra el mantenimiento del ejército, pretendían pasar a ser un “*Pays d’États*” para tener una mayor autonomía. Luis XIII “*ordenó a los jueces reales requisar el grano, [...] revocó el “perdón” de impuestos pasados y aumentó la “taille” en aproximadamente una tercera parte*” (Parker, 2013: 512) en vistas a sufragar los gastos de la guerra. Algunos de los rebeldes que habían participado en las revueltas de Angoumois se unieron a estos sublevados del Perigord, procediendo al ataque de los recaudadores y sus propiedades en la ciudad de Périgueux.

El señor de La Mothe La Forêt, elegido en asamblea, se puso a la cabeza de las fuerzas populares, que sumaban unos 8.000 hombres y fueron disciplinados. Otro cabecilla fue el señor

de Madaillan de La Sauvetat. Según Porshnev, entre los rebeldes existía un “*instinto que los empujaba a solicitar, o hasta obligar por la fuerza a los nobles con experiencia militar a tomar el mando, para llevar al combate a las tropas populares*” (Porshnev, 1978: 69). Marcharon hasta la ciudad de Bergerac y a Eymet. Los rebeldes pedían la vuelta de las cargas fiscales a las cifras anteriores a la guerra, que los recaudadores se marcharan y más autonomía para la región. Hubo intentos de extender la revuelta por ciudades vecinas, pero el 1 de junio el duque de La Vallette marchó contra ellos. La Mothe La Forêt huyó y la mayoría de croquants se dispersaron; el señor de Madaillan se marchó con otro grupo de rebeldes a Quercy. Uno de ellos llamado Pierre Greleti resistió hasta 1642 en los bosques de Vergt, al sur de Périgueux, sin ningún objetivo en concreto, al final terminó pactando una amnistía y pasó al servicio de Francia en Italia. En la ciudad de Sarlat el levantamiento llegó fuertemente de la mano de un tejedor llamado Buffareaux, que dirigió a 8.000 hombres contra propiedades de tipo feudal, pero fue derrotado en Villeréal. El resto recibió la amnistía del rey, aunque hubo arrestos y ejecuciones (Porshnev, 1978).

Dos años más tarde, en 1639, la gabela fue el motivo de la revuelta de los “Nu-Pieds” o “Va-Nu-Pieds” (“los que van descalzos”, porque el trabajo de salinero se hacía descalzo) en Normandía, donde habían sufrido graves episodios de peste durante 20 años y una crisis agrícola (di Simplicio, 1989; Mousnier, 1976). Normandía era una de las provincias con más impuestos, por ejemplo, el impuesto de subsistencias para las tropas, tributos al vino, al arenque, al salmón, al azúcar, a la cera, a la sidra, y el impuesto de “octrois”, a las mercancías de consumo local. La “taille” también había subido en los años 1630, 1636 y 1638, la “Paulette” se encareció y cada vez se exigían más levas. La zona de Caen, Rouen y Alençon estaba sometida a la “gran gabela”, puesto que el rey tenía el monopolio de la sal; mientras que en las ciudades de Cotentin, Vire, Bayeux, Veys... se pagaba el impuesto del “cuarto hervor” (“quart bouillon”) que consistía en que “*los salineros hacían evaporar el agua de mar, recogían la sal, entregaban al rey la cuarta parte de su producción y disponían del resto*” (Mousnier, 1976: 92). La diferencia entre esas dos zonas generaba el contrabando de la sal.

La revuelta estalló y entre junio y julio en Avranches, cuando corrió el rumor de que llegaba un funcionario con las órdenes de introducir la gabela en la zona de “cuarto hervor”. El funcionario fue asesinado por los rebeldes, que durante todo el verano se dedicaron a perseguir a los recaudadores de impuestos y a registrar a los viajeros. Los campesinos salineros y leñadores se reunieron bajo la dirección de tres cabecillas, Champmartin, Latour y Lalouey, y dieron muerte también un lugarteniente, La Besnardière Poupinel, que nada tenía que ver con los impuestos, pero servía como chivo expiatorio. El rey retiró la gabela pero la noticia no se difundió, de modo que la revuelta continuó.

Entre el 16 y el 25 de julio se creó el “Ejército de la miseria” o “Ejército del sufrimiento” (“Armée del souffrance”) entre todos los grupos de rebeldes (en torno a 3.000 o 4.000 hombres entre salineros, labradores y grupos desclasados), bajo la dirección de un noble, el señor de Ponthebert (según di Simplicio; mientras que Mousnier propone que el general no fuera una persona física sino un “*ser colectivo*”) o General Jean-Nu-Pieds, como se hizo llamar. A su vez se realizó un “*consejo dirigente*” con cuatro sacerdotes. Algunos gentilhombres y burgueses se unieron al movimiento, mientras que la nobleza y los funcionarios “*pecaron sobre todo de pasividad, que nunca sabremos si fue inspirada por simpatía o por temor*” (Mousnier, 1976: 100). El “Ejército de la miseria” actuó hasta noviembre, cuando el ejército real llegó a Caen, y después en diciembre a Avranches y el resto de ciudades. La mayoría de los cabecillas huyeron, pero fueron ejecutados numerosos participantes. Richelieu además de enviar al ejército, se vio obligado a retirar algunos impuestos (Parker, 2013). Un texto fechado el 25 de julio de 1639 se atribuye al General Nu-Pieds, y va dirigido contra los que “*venden su patria*” y contra la centralización; en el texto se intuían pretensiones autonomistas (di Simplicio, 1989; Mousnier, 1976; Gual i Vila, 1995).

En 1643 Ana de Austria y el cardenal Mazarino asumieron la regencia durante la infancia de Luis XIV, dando comienzo a una época de recaudación de nuevos impuestos. De 1643 a 1645 las revueltas volvieron a aflorar por el suroeste francés pero con un mayor radio de expansión, por Normandía, Berry, Auvernia y el Delfinado, alcanzando una fuerza mayor en Rouergue. La política de Mazarino se centró en la pacificación sin represión porque no tenía suficientes tropas, ni quería reavivar otros focos (Porshnev, 1978).

Ya en la segunda mitad del siglo XVII, encontramos una revuelta que por sus características se incluye en este primer período de levantamientos. Fueron llamados los “torrében” de Bretaña, provincia que se levantó en 1675.

Bretaña todavía era un territorio atrasado y formado por señoríos de tipo feudal. Era una zona pobre pero había una producción de trigo, centeno, telas y paños que se exportaba, enriqueciendo solo a unos pocos. Desde 1664 los impuestos y la escasez dejaron una situación miserable, dando lugar a una mayoría de campesinos pobres, con apenas una casa y una pequeña propiedad de tierra, o jornaleros sin nada. La guerra con Holanda, que comenzó en 1672 y duraría hasta 1678, endureció la situación. Luis XIV estableció nuevos impuestos para los gastos bélicos, como el papel sellado o un monopolio sobre el tabaco que quedaría en manos de la corona. La flota holandesa amenazó la costa y, como el territorio había quedado vacío de

tropas, “*hubo que organizar milicias campesinas [y] armarlas contra un desembarco eventual*” (Mousnier, 1976: 119).

El 18 de abril de 1675, en la ciudad de Rennes, los estados inferiores de la población atacaron las oficinas de papel sellado y de tabaco. Unos días más tarde ocurrió lo mismo en Nantes. El 9, 10 y 11 de mayo toda la ciudad se levantó de nuevo contra las nuevas tropas acantonadas hasta el 20 de junio. Pero en julio las noticias del levantamiento de Carhaix volvieron a hacer estallar las tensiones. En las zonas rurales de Bretaña corrió el rumor se iba a imponer la gabela, por ello, en las zonas aisladas de valles y bosques, estalló la sublevación. En las parroquias de Cornuailles el 9 de junio de 1675 los habitantes tocaron a rebato las campanas de la iglesia en llamamiento a todos los vecinos. El mismo día, en Briec, cerca de 2.000 campesinos marcharon hacia el castillo de Boissière. El 23 de junio se rebeló Pont-L’Abbé, y en julio la comarca de Cap-Caval. Existen copias de un documento de autenticidad dudable, que sería un “*código campesino*”, que “*habría sido redactado y proclamado en una asamblea de delegados*” donde quedarían recogidas las demandas, y se establecía que su incumplimiento estaba castigado “*bajo pena de Torrében*”, y finalmente estaba firmado por “*Torrében y los habitantes*” (Mousnier, 1976: 124) (no es seguro que Torrében sea una persona, pues algunos estudiosos lo han traducido como “maza”).

Una segunda oleada se dio entre julio y agosto en la comarca de Poher y alcanzó Carhaix y Gourin. Esta vez los rebeldes estaban dirigidos por Sébastien Le Bulp, tenían una distinción simbólica, el gorro rojo, y dieron a la revuelta cierto componente social, aunque no revolucionario. Atacaron también los castillos de Kergoat y Thymeur, donde Le Bulp fue asesinado en septiembre. Los campesinos huyeron pero fueron castigados. El rey les impuso una indemnización y la obligación de alojar tropas ese invierno (Mousnier, 1976).

Por otro lado, en las ciudades también había revueltas, en este caso por “*la imposición de “electos” y con la creación o el aumento de los impuestos indirectos*” (Mousnier, 1976: 43). Los “electos” eran funcionarios reales a los que se les debía pagar mediante la obtención de impuestos indirectos. El rey se negaba a renovar el impuesto de la “Paulette”, que permitía a los propietarios de negocios u oficinas trasferir dichos negocios a quien quisieran. Desde 1623 hasta 1648 hubo continuos motines y levantamientos en las ciudades francesas. Así, en Borgoña en 1629, al año siguiente en Dijon, y en las ciudades de Brignolles, Draguignan y Grasse, en 1630 hubo motines.

En Aix, en septiembre de 1630, sucedió la “Revuelta de los Cascaveoux”. Cuando el rey intentó imponer a los electos en esta ciudad, las capas más bajas de la sociedad tocaron a rebato

y atacaron las propiedades del gobernador. Se formaron dos grupos en el parlamento, los “cascaveoux de cinta blanca”, defensores de campesinos y artesanos (por lo general la burguesía se mantenía al margen, pero en este caso un pequeño grupo se unió a la revuelta) y los “cascaveoux de cinta azul”, defensores de los grupos enriquecidos. La revuelta fue sofocada en mayo de 1631 (Mousnier, 1976; Porshnev, 1678).

Entre 1633 y 1635 las ciudades sublevadas se concentraban en Guyena. Para Mousnier *“en estos casos, [...] las ciudades dirigen los movimientos, ya sea los estratos superiores de la sociedad, ya sea los inferiores. Los campesinos de los campos vecinos solo son sus auxiliares”* (Mousnier, 1976: 51).

El levantamiento de Burdeos de 1635 se dio por el impuesto de “un escudo por tonel”. Entre el 14 y el 16 de mayo llegó el recaudador y la revuelta estalló entre los estados más bajos de la sociedad, formados por toneleros, cargadores, taberneros, campesinos y personas pobres. La burguesía permanecía neutral. Este levantamiento se extendió por los alrededores de Burdeos, y en junio hubo una segunda oleada. El duque de Epernon llegó con tropas y hubo enfrentamientos en las calles de la ciudad. Los rebeldes fueron derrotados, pues los refuerzos de campesinos no llegaron a tiempo.

Coincidiendo con Burdeos, a mediados de junio fue la ciudad de Agen la que se rebeló, en concreto el sector de los barqueros del Garona. Estos tenían orden de transportar vicesenescalas hacia Burdeos, pero se negaron y estalló la revuelta. Tanto en Burdeos como en Agen las puertas de la ciudad se cerraron, y por ello el levantamiento que se desató en el campo no se unió al de la ciudad. Los rebeldes pedían la supresión de la gabela, una amnistía y un texto de pacificación, las autoridades cedieron pero los desórdenes continuaron y hubo que emplear la fuerza para sofocarlos.

En junio de 1635 hubo motines en Périgueux que terminaron en una revuelta. Pedían la dimisión del alcalde, que fue reemplazado por el intendente Verthamont. A pesar de esta medida hubo más motines contra supuestos recaudadores y la cárcel fue sitiada. Esta milicia urbana estaba formada por ciudadanos de alta condición y también por plebeyos, *“militarmente, la ciudad estaba en manos de los insurgentes; habían decidido oponer una resistencia feroz, si se enviaba una expedición punitiva”*. La información sobre este suceso es escasa, parece ser que no hubo una gran represión (Porshnev, 1978: 172).

De 1635 a 1640 el rey centró las cargas fiscales en el norte del país. En 1640 fruto del levantamiento de los “Nu-Pieds” fue la revuelta de Moulins, en el Borbonesado. En este caso, en mayo de 1639 el rey estableció un nuevo impuesto. Los habitantes más pobres de los

suburbios reaccionaron en junio de 1640, con cierto apoyo, aunque pasivo, de las capas bajas burguesas. Tres semanas después, los más adinerados de esa burguesía decidieron enfrentarse a los rebeldes cerrando las puertas de la ciudad para impedir que entraran. El 16 de julio se llegó a un acuerdo de amnistía a cambio de la obediencia. Durante el mes de agosto continuó habiendo altercados hasta la llegada del príncipe que Condé, que culpó a esa burguesía que se había quedado “*de brazos cruzados*”. El arresto de uno de los cabecillas, Rivet, hizo que los suburbios se levantaran de nuevo y la ciudad volvió a cerrarse. Los sitiaron Moulins pero en los días siguientes el movimiento se fue dispersando tras un intercambio de prisioneros, y en septiembre Luis XIII concedió la amnistía a cambio de la “*obediencia absoluta*” (Porshnev, 1978: 199).

En Tours, en 1643, el “capitán Sabot” dirigió el levantamiento de los suburbios por el impuesto al vino (“tres sueldos por barrica”). Hubo ataques a recaudadores, pero casi un mes después los rebeldes se dispersaron ante la amenaza de acantonar tropas. Su cabecilla, Sabot fue ejecutado. En el Languedoc, Monpellier se sublevó del 30 de junio al 3 de julio. En agosto el rey concedió algunas prerrogativas, pero aún en noviembre se temía que el levantamiento se reactivara (Porshnev, 1978).

RUSIA

Desde la muerte de Teodoro I (hijo de Iván IV), hasta la elección de Miguel I Romanov, la historia de Rusia se caracterizó por el desorden estructural del estado: los zares comenzaron a sucederse sin apenas legitimación, el territorio creció haciendo que la población se alejara de las ciudades principales para ir a lugares fértiles, no existía una división territorial, ni administrativa ni geográfica, y en las zonas fronterizas marginales crecieron las bandas de cosacos.

Los cosacos solían ser “*campesinos fugitivos*” de Rusia y Polonia-Lituania, que convivían en grupos armados, y en verano se dedicaban a luchar contra los tártaros y a conseguir botín, que vendían en invierno en las ciudades de frontera; “*su organización estaba basada en los principios de libertad e igualdad*”, y “*era una sociedad igualitaria, democrática [elegían a sus jefes], una sociedad de capacidades donde solo el propio valor proporcionaba al hombre más prestigio y mayor riqueza*”. A pesar de su libertad, seguían siendo súbditos del zar de Rusia o del rey de Polonia-Lituania (Mousnier, 1976: 146).

La jerarquía social de Rusia se dividía según el grado de servicio al Estado. Los grandes señores ejercían el gobierno, los pequeños señores se dedicaban al ejército o a la administración, los grandes mercaderes recaudaban impuestos y hacían las labores del mercado, y los campesinos facilitaban el suministro material. El zar entregaba la tierra como recompensa por los servicios al estado, de modo que había bastante movilidad social pues el ser propietario no era una cuestión económica.

En las ciudades contribuían con impuestos los grandes y pequeños comerciantes, y los artesanos, dentro de la ciudad propiamente dicha (“pozad”); en los arrabales había vagabundos y fugitivos. En el campo, que era donde recaía una mayor carga impositiva, había varios tipos de campesinos: “campesinos negros” que trabajaban las tierras del zar; los “jrestianos” trabajaban tierras de otros propietarios y podían tener alguna en arriendo, eran los que pagaban los impuestos; los “bobili” que no tenían tierras; campesinos ocasionales; los “kabali”, campesinos endeudados que trabajaban las tierras del señor con el que mantenían la deuda; y los “jolopi”, los esclavos (Mousnier, 1976) .

La situación social y económica hizo aumentar el bandidismo dedicado al saqueo bajo las órdenes de un jefe y con la colaboración campesina. En el año 1600, con Boris Godunov siendo zar, surgieron rumores de que Dimitri Ivanovich (el heredero de Iván IV, muerto antes que su padre) seguía con vida y era el legítimo zar. Esto, junto a un período de tres años de malas cosechas y catástrofes climáticas, hizo que muchos campesinos se unieran a los bandidos. La revuelta estalló en 1603 y 1604 cuando apareció, por la zona polaco-lituana, un personaje diciendo ser Dimitri, el verdadero heredero de Rusia. Bandas de fugitivos y de cosacos se le unieron, y se enfrentaron al zar Boris Godunov, que fue derrotado. Cuando Boris murió en abril de 1605, el ejército real pasó al bando de Dimitri, que llegó a Moscú el 20 de junio, asesinando a la familia real y proclamándose zar. Su mandato duró casi un año, hasta mayo de 1606, cuando fue asesinado por los “boyardos” (equiparables a la nobleza europea).

Con la proclamación de un nuevo zar, poco diferente a Godunov, el pueblo ruso volvió a creer en que Dimitri continuaba vivo. En la zona fronteriza de Polonia-Lituania, comenzó otro levantamiento, concretamente en la ciudad de Putivl, formándose un ejército bajo el mando de Istoma Pachcov. Le siguieron las ciudades de Chernigov, Tula y Riazan, donde se crearon columnas para marchar a Moscú. Hasta el supuesto Dimitri llegó un enviado de los príncipes sublevados, Iván Bolotnikov, al cual se unieron grandes masas de campesinos, bandidos, vagabundos, esclavos y cosacos. En octubre de 1606, Bolotnikov llegó hasta Moscú. *“La mayoría [de los campesinos] no pensaban en novedades, en un cambio del orden social sino en la vuelta*

a las buenas costumbres" (Mousnier, 1976: 168) que habían sido eliminadas con Teodoro I. Bolotnikov arregó a la población y a sus seguidores a hacerse con las propiedades de los nobles y de los fieles al anterior zar, pero esto le hizo perder adeptos. Bolotnikov fue derrotado y huyó en diciembre. Mientras, otras bandas de cosacos se habían unido y continuaban dirigiendo otras revueltas en nombre de su propio zar, Pedro (hijo de Teodoro I). Bolotnikov se unió a ellos, pero fueron derrotados y asesinados en Tula, en octubre de 1607.

Mientras, en agosto, un tercer Dimitri fue proclamado zar. En palabras de Mousnier "*los cosacos fabricaban falsos dimitris por docena*". Desde Starodub dirigió una revuelta que llegó a vencer al verdadero zar en 1608, instalándose en Tushino, cerca de Moscú, con su corte. La invasión de Polonia-Lituania a Rusia en septiembre de 1609, provocó que los polacos fieles a Dimitri marcharan con su rey, obligando a este a huir. Segismundo III de Polonia-Lituania consiguió el apoyo de príncipes rusos para convertir en zar de Rusia a su hijo Ladislao. Dimitri, que conservaba el apoyo de los cosacos, volvió a atacar Moscú, donde le apoyaba el resto de la población. Así se establecieron ambos como firmes candidatos al zarato, pero finalmente fue proclamado Ladislao en 1610, la nobleza "*prefirió el extranjero al "cosaco*" (Mousnier, 1976: 173).

Cuando las pretensiones del rey polaco quedaron descubiertas, pues pretendía hacerse con el gobierno ruso, volvió Dimitri como salvador de Rusia, al mando de la "reacción nacional", pero fue asesinado. De este modo, con su muerte acabaron los levantamientos de la "Época de los Disturbios". En 1613, sería elegido zar Miguel I Romanov, en una asamblea en la que también participaron los campesinos.

SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII

MONARQUÍA HISPÁNICA

Durante el gobierno de Felipe IV y Olivares se crearon nuevos impuestos para poder sufragar la nueva Unión de Armas creada para la defensa de los territorios, y a la que todos debían contribuir. Estos impuestos eran el “papel sellado”, la “media anata” [*“la retención de parte del salario del primer año de cualquier cargo recién nombrado”* (Parker, 2013: 448)] y el impuesto a la sal. Durante las décadas de 1620 y 1630, el clima empeoró notablemente, y con él las cosechas. El año de 1640 fue clave en los territorios de Felipe IV, pues en ese año se concentraron la mayoría de los levantamientos. Otros países europeos fortalecían su absolutismo mediante la centralización, pero Felipe IV no consiguió afianzar su poder en los territorios periféricos (di Simplicio, 1989).

Cataluña no había aceptado la Unión de Armas, y por ello se vio sometida a mayores cargas fiscales; también Vizcaya sufría una mayor presión fiscal. En ambas zonas había continuas resistencias a los recaudadores.

En Portugal, los impuestos establecidos a lo largo de 1620 (el “real d’agua” sobre la carne y el vino), hicieron estallar revueltas en agosto de 1637, en Évora. Los ciudadanos más humildes, bajo el mando de “Manuelinho”, amenazaron al alcalde, destruyeron las propiedades de los recaudadores y extendieron la revuelta por otras localidades. El rey Felipe IV tuvo que suprimir el “real d’agua”. La nobleza y el clero apoyaron la revuelta. En 1639 Olivares puso al mando de la administración portuguesa a dos ministros españoles, que no fueron bien aceptados por la población, y en noviembre de 1640 ordenó al duque Juan de Braganza que reclutara tropas para marchar a Francia, a lo que este se negó. El duque decidió atacar el palacio de la virreina, obligando a esta a rendirse. Al llegar a Lisboa fue proclamado como Juan IV de Portugal, haciendo realidad la independencia de Portugal (Parker, 2013; Simón Tarrés, 1991). La independencia de Portugal es un ejemplo de cómo una revuelta popular podía transformarse en un levantamiento de mayores dimensiones que implicaba a otras capas de la sociedad, haciendo posible incluso una independencia.

En 1635 Francia había declarado la guerra a España, y Olivares eligió Cataluña como principal plataforma de operaciones. Pau Clarís (canónigo de Urgell) y Francesc de Tamarit, fueron elegidos para la Diputació en 1638, ambos eran partidarios de políticas de corte

“nacionalista”, pero chocaban con los intereses del virrey de Santa Coloma y de Olivares. Cuando se opusieron a las órdenes de reclutar y mantener a más tropas para ir a Francia, en 1640, los dos fueron arrestados, dejando a los campesinos sin su vía de protesta.

El pueblo de Santa Coloma de Farners negó el alojamiento de tropas, y cuando un magistrado fue a poner orden, los aldeanos le dieron muerte quemando la posada en la que se alojaba. El proceso de la revuelta comenzó tocando la campana de la iglesia. La revuelta fue extendiéndose al grito de “¡viva el rey y mueran los traidores!”, mientras las tropas intentaban acabar con los rebeldes. El 7 de junio de 1640, día del Corpus, se celebraba en Barcelona la feria de contratación de los “segadors”, un día antes, la guardia de la ciudad había partido a Francia. Un criado del magistrado muerto en Farners disparó a un segador y la revuelta estalló. La masa de campesinos y ciudadanos (incluidas algunas capas medias de la sociedad) comenzó a atacar a las autoridades, dando muerte al virrey de Santa Coloma. Este episodio recibió el nombre de Corpus de Sangre.

En agosto las tropas del Marqués de los Vélez se prepararon para marchar sobre Barcelona, y en septiembre Pau Clarís *“solicitó en secreto la protección francesa para una posible República catalana”* (Parker, 2013: 471). Francia aceptó y se redactaron las condiciones a cambio de la lealtad de la Diputació. Cuando en diciembre el Marqués atacó Barcelona, llegaron las noticias de la revuelta de Portugal. El 16 de enero de 1641 se proclamó la República catalana, sometiéndose a Luis XIII el 21 de enero. El ejército de los Vélez fue derrotado en Barcelona. Cataluña permaneció independiente de España hasta 1652, cuando cayó bajo las tropas de Felipe IV (Parker, 2013; van Dülmen, 1984; di Simplicio, 1989).

Este levantamiento produjo grietas en la población: las personas con más dignidad de sus grupos sociales solían ser “felipistas” (dentro del ejército, la nobleza, el clero, al administración...). También tuvo un componente “nacionalista”: se buscó una identidad y una personalidad propia frente a los castellanos, el clero fomentó el uso de la lengua catalana, y algunos autores escribieron sobre un “proteccionismo” de los productos catalanes. Algunos autores como Thomas Munck y Oscar di Simplicio, hablaban de cierta lucha de clases entre ricos y pobres cuando la revuelta se tornó en rebelión violenta. Según Luca Assarino, la clase política usó la táctica del “disimulo”, apoyando la insurrección en secreto (Simón Tarrés, 1991; Munck, 1994).

En estos años Felipe IV tuvo que enfrentarse a diversos problemas. El virrey de Aragón (duque de Nochera) fue sospechoso de traición para socorrer a Cataluña; en 1641 el duque de Medinasidonia y el marqués de Ayamonte conspiraron con Juan IV de Portugal para crear una

Andalucía independiente; en 1643 Olivares fue destituido; y de 1647 a 1652 Andalucía fue asolada por las “revueltas del Pendón Verde”. Estas revueltas andaluzas estaban protagonizadas por las clases populares urbanas, y protestaban por los desastres agrícolas que estaban sufriendo debido al clima, así como por los impuestos. El levantamiento estalló en Ardales en enero de 1647, y le siguieron Lucena, Granada, Córdoba, Sevilla, Ayamonte, Sanlúcar, Tarifa, Osuna, entre otras. Los rebeldes destruían los registros y oficinas de los impuestos, y distribuían las reservas de trigo. El rey tuvo que enviar más grano y la promesa de amnistía para que cesaran las revueltas porque no podía combatir en dos frentes (Parker, 2013).

Otro foco de revueltas fueron Nápoles y Sicilia. Sicilia era una isla muy próspera en el cultivo de cereales y seda, pero en 1643 hubo que aumentar los impuestos para contribuir en las guerras de Felipe IV, y dos años más tarde el territorio se vio sacudido por períodos de intensas lluvias e inundaciones que arruinaron las cosechas. En Palermo, el 19 de mayo de 1647, el precio del trigo subió, se retiró la subvención del pan y hubo que disminuir su tamaño, pero no su precio. Al día siguiente estalló la revuelta y, jóvenes y mujeres fueron a la cárcel a liberar a los presos. Uno de ellos era Antonino la Pilosa, que se puso al frente de la revuelta pidiendo la supresión de las “cinco gabelas” al grano, al vino, al aceite, a la carne y al queso. El virrey estableció, para poner fin a estos actos, que las gabelas serían suprimidas, las subvenciones del pan volverían a entrar en vigor, los rebeldes serían indultados, y los regidores serían elegidos por el pueblo. La situación no se calmó y los nobles, el clero y los gremios de Palermo capturaron a La Pilosa, que tras confesar fue ejecutado. No obstante, consiguieron que el 1 de julio el virrey aprobara la no exención de impuesto para la nobleza y el clero. Ciudades como Catania, Caltabellotta, Randazzo, Siracusa y Agrigento siguieron el ejemplo de Palermo (Parker, 2013; Munck, 1994; Ribot, 1991).

En el reino de Nápoles la brecha social era enorme, los pobres eran conocidos como “lazzari” (lázaros), “porque milagrosa parecía su capacidad para levantarse del lecho y caminar” (Parker, 2013: 718). El domingo 7 de julio de 1647, en la Piazza del Mercato, hubo una discusión entre mercaderes y campesinos, hasta que un frutero tiró una caja de fruta al suelo acusando al “mal gobierno” de la escasez. Fue el “eletto del popolo” (cargo elegido por el virrey) quien llegó para poner orden entre los característicos gritos rebeldes. Un pescador empezó a arrojar piedras al “eletto”, se llamaba Tommaso Aniello, más conocido como Masaniello, y estaba ensayando un espectáculo (que se representaría unos días más tarde) que simulaba una batalla entre moros y cristianos, en la que Masaniello, vestido de blanco y rojo, y participaba como jefe de los “moros”. Ese grupo de actores encabezado por Masaniello se fue haciendo mayor (hasta 300.000 personas según Parker) y comenzó la revuelta. Consiguieron armas, levantaron una

bandera roja en el campanario y abrieron las cárceles. Hasta “artesanos y tenderos” obedecían a Masaniello como si fuera un nuevo rey o un enviado de Dios (Parker, 2013; Ribot, 1991).

La ciudad no contaba con guarniciones que la defendieran pues Felipe IV los había enviado a Génova, de modo que el virrey tuvo que ceder ante las peticiones de los rebeldes. El “eletto del popolo”, Giulio Genoino, y su sobrino, Francesco Arpaja, se unieron a Masaniello, y el día 9 de julio redactaron los “capitoli”, 22 artículos con concesiones para el pueblo entre las que se pedía el indulto, la eliminación de alcabalas, y el poder de elegir al “eletto”. El virrey tuvo que aceptar. El intento de asesinato de Masaniello, cuanto todo parecía haber acabado, dio un tono más revolucionario a la revuelta, en la que se oyeron peticiones de una república. El virrey continuó haciendo ciertas concesiones, como la concesión de altos cargos a Genoino y Arpaja, a cambio de la muerte de Masaniello. Los rebeldes se volvieron contra su líder, que fue asesinado el 16 de julio. Con los ánimos calmados, el tamaño del pan volvió a reducirse para descontento de la población. El levantamiento se reavivó y el ataúd de Masaniello fue sacado en procesión. El ejemplo de Nápoles se siguió en Salerno, Capua, Sorrento, Nocera, Ascoli, Campagna, Ciro, Cosenza y otras ciudades del sur de Italia (Parker, 2013).

La noticia de los sucesos de Nápoles llegaron de nuevo a Palermo, junto con los 22 “capitoli” de la mano de un artesano, Giuseppe d’Alesi. El 15 de agosto de 1647, d’Alesi, junto con varios seguidores, reivindicaron propuestas similares al grito de “¡muerte al mal gobierno!”, haciendo huir al virrey y al resto de autoridades. La revuelta se extendió con la quema de propiedades nobles, alzamiento de banderas rojas, y con la publicación, esta vez, de 49 “capitoli” (supresión de alcabalas, preferencia de sicilianos en los cargos civiles, etc.). El virrey consiguió que un grupo de nobles asesinara a d’Alesi el 22 de agosto, pero aun así tuvo que publicar los “capitoli”, terminando así con el levantamiento (Ribot, 1991).

Mientras tanto, en Nápoles continuaba la agitación social por parte de grupos de estudiantes, trabajadores de la seda, músicos y capellanes. Genoino fue arrestado y ejecutado por el virrey, pero Arpaja aconsejó a este publicar de nuevo unos “capitoli” (58 artículos bastante radicales) a finales de agosto. Don Juan de Austria llegó y bombardeó Nápoles en octubre de 1647, pero no consiguió tomar la ciudad, pues un armero, Gennaro Annese, le hizo frente con la artillería. El 17 de ese mismo mes, Annese negó la autoridad de Felipe IV como soberano, izó una bandera roja y negra sobre la iglesia y proclamó una república. Un período de escasez obligó a Annese a hacer aquello contra lo que habían luchado, reducir el tamaño del pan, y repartirlo primero entre las milicias. El embajador francés, el duque de Guisa, llegó a Nápoles y aprovechó el descontento para proclamarse “dux” el 23 de diciembre, y realizar una constitución. El 12 de

febrero de 1648, las tropas españolas atacaron Nápoles, que fue defendida por el duque y por la “masa de tropas populares” (Saavedra, 1999). El Duque de Rivas describía así la situación de la ciudad:

“Día de luto y de consternación fue para la angustiadísima ciudad el que siguió a tan horrenda matanza. Sangre y sangre napolitana corría por los arroyos de las calles, y lágrimas amargas por los rostros de sus habitadores. Cuál buscaba al amanecer, entre los montones de muertos horrendamente heridos y mutilados, el cadáver de un padre, quién el de un hijo o un hermano, aquélla el de un esposo o un amante, otros los de sus amigos y protectores, y todo era confusión y despecho, y los alaridos de las viudas, de los huérfanos, de los ancianos, resonaban en aterradora armonía.” (Saavedra, 1999)

Los napolitanos, a instancias del Duque de Guisa, acordaron un pacto con España en marzo de 1648, y en abril las puertas de la ciudad se abrieron a don Juan de Austria, bajo la promesa de un indulto y de la abolición de los impuestos, que, aunque fueron reintroducidos en septiembre, afectaron a toda la población sin excepciones (Parker, 2013; di Simplicio, 1989; Rivas, 1999).

En la región de Lombardía, Felipe IV mantenía a parte del ejército, y Milán tuvo que hacer frente a las cargas fiscales derivadas de los enfrentamientos en Cataluña desde 1640, y los de Nápoles y Sicilia desde 1647. En agosto de 1647 en Milán se escucharon gritos de *“larga vida al rey de España, pero que los panes sean grandes y las alcabalas se anulen”* (Parker, 2013: 734). Un pastelero llamado Giuseppe Piantanida fue detenido por poseer panfletos que apoyaban una invasión francesa por parte del duque de Módena (que se vio frustrada por el mal tiempo). Un año después, en Milán se crearon cuatro milicias rebeldes pero no recibieron la ayuda francesa. Varios factores ayudaron a que en la región lombarda no hubiese levantamientos como los de Nápoles o Sicilia: Felipe IV había repartido los impuestos más uniformemente, el territorio tenía más autonomía y era más próspero económicamente (Parker, 2013).

RUSIA

Durante los gobiernos de Miguel I Romanov (1613-1645) y su hijo Alexis I (1645-1676), el absolutismo y la centralización del estado ruso crecieron considerablemente, y con ello las guerras y los gastos e impuestos que estas conllevaban.

El asesor de Alejo I, Boris Morozov (podría asemejarse a un valido europeo), introdujo nuevos impuestos como el impuesto postal y monopolios al tabaco y la sal, este último hubo que suprimirlo en 1647 porque hubo algunas protestas. En abril de 1648, Morozov reunió tropas formadas por vasallos para marchar contra una incursión tártara que no se produjo, de modo que las tropas no cobraron. Los vasallos intentaron enviar una queja al zar pero no les fue permitido. Cuando volvió a ocurrir lo mismo en junio, “*toda la multitud, totalmente exasperada, empezó a lanzar piedras y a blandir palos contra los guardias*” (Parker, 2013: 290). Durante la protesta de esa masa de vasallos ante el Kremlin de Moscú la guardia de la ciudad se les unió, desobedeciendo a Morozov. La revuelta estalló cuando entraron en el Kremlin y destruyeron varias estancias. Pronto se propagó por toda la ciudad, y el zar decidió entregar a la población a Plescheev (el ministro de comercio) que fue asesinado. El 15 y el 20 de junio, volvieron a reunirse para presentar la queja de nuevo, pero esta vez, además de vasallos también había nobles y comerciantes. El zar cedió y exilió a Morozov, pero otras ciudades también se revelaron pidiendo la destitución de sus gobernadores: Kozlov, Kursk, Tomsk, Pskov; todas ellas eran sofocadas por la guardia de mosqueteros moscovitas (en otra revuelta en Moscú en 1662, hubo hasta 7.000 condenados a muerte y 15000 mutilados) (Parker, 2013).

De mayores dimensiones fue la revuelta de Bogdan Jmelnytsky. Era secretario de los guerreros zaporozhianos en la zona ucraniana (bajo control de Polonia-Lituania), y había redactado en 1630 un juramento por el que los cosacos registrados (aquellos que servían al rey y que cobraban por ello) “*obedecerían a la corona en todas las cuestiones*” (Parker, 2013: 302). Pronto los cosacos contaron con más jefes polacos y sus tierras fueron cedidas a nobles.

Estos nuevos jefes instigaban a la población cosaca, entre ellos a Jmelnytsky, que huyó en 1646 y se refugió con los cosacos no registrados. En 1648 afirmó poseer cartas oficiales del rey Ladislao IV autorizándolo a dirigir una revuelta contra todos los oficiales polacos. De esta forma los cosacos le siguieron y marcharon hasta Kiev. A su paso, los campesinos iban echando a sus señores de sus tierras o los mataban, dando vía libre a los cosacos para que saquearan los arsenales y aprovecharan la tierra. Ladislao IV había muerto, pero su mediador, Adam Kysil, logró disuadir a Jmelnytsky para que se retirara, aunque parte de los cosacos (unos 700 hombres) siguieron bajo el mando de otro líder, Nariz Torcida era su apodo. En septiembre de 1648 volvió para derrotar a otra partida del ejército polaco y llegó hasta Varsovia.

El nuevo rey, Juan Casimiro, pactó una tregua, haciendo volver a Kiev al ejército cosaco, donde se habían asentado. Jmelnytsky fue recibido como un “enviado de Dios” (que es el significado de Bogdan). Allí prometió “*liberar a toda la nación rutena de la esclavitud a la que la*

tienen sometida los polacos" (Parker, 2013: 309). Los campesinos se armaron, Moscú envió alimentos y el kan tártaro acudió en ayuda de los cosacos para enfrentarse a los polacos. En agosto de 1649 se llegó al Acuerdo de Zboriv, por el que Jmelnytsky se convertía en "*jefe de una nueva unidad autónoma dentro del Estado compuesto de la mancomunidad Polaco-Lituana*" (Parker, 2013: 311) que sería la zona de Ucrania. En 1652 el territorio ucraniano quedó bajo protección rusa pues Moscú aceptó enviar ayuda, y en enero de 1654 aceptaron al zar Alejo I. Hasta 1660 el zar y los cosacos se enfrentaron a la mancomunidad y a Suecia (Parker, 2013; Munck, 1994).

Unos años más tarde fueron los cosacos rusos, junto a Stenka Razin los que protagonizaron otra revuelta. A mediados de siglo las llanuras del Don y el Volga habían recibido continuas oleadas de campesinos que se unían a los cosacos. Unas pocas familias ("los amos") monopolizaron los recursos de la zona, obligando a otras familias más pobres ("los desnudos") a ponerse a su servicio. Estas familias cosacas pobres, se dedicaban a atacar los barcos rusos que navegaban por el Don.

Stenka Razin, pertenecía a una de las familias ricas, pero se rebeló en 1667 y encabezó un grupo de "desnudos" para conseguir riquezas y botín con el que pudiera subsistir. Atacó los barcos del Volga, haciendo con una flota y navegó hacia el sur, llegando al mar Caspio y a la zona de Irán, donde, entre 1668 y 1669, se dedicó a saquear la costa. Llegó a tomar Astrakán y venció a la flota persa en 1669. En la primavera de 1670 a la altura de Tsaritsyn (Volgogrado), los cosacos acordaron afianzar su dominio hasta el Caspio consiguiendo también las ciudades de Samara, Saratov y Simbirsk, y en verano Razin decidió marchar a Moscú, con dos objetivos, acabar con los malos consejeros del zar y continuar con la obtención de botín. Por el camino grupos de exiliados, fugitivos, campesinos oprimidos y soldados, fueron engrosando las tropas cosacas pues, "*Stenka Razin aparecía a los ojos de los rusos como defensor y héroe de los oprimidos*" (Mousnier, 1976: 198).

Entre el 1 y el 4 de octubre de 1670, el ejército del zar y los cosacos se enfrentaron, siendo derrotados los segundos y desperdigando sus fuerzas. La línea defensiva rusa consiguió frenar a los rebeldes antes de llegar a Moscú, permitiendo el avance del ejército del zar, que fue aldea por aldea castigando a todo el que resistía. Las familias de "los amos" se plantearon entregar a Stenka Razin para terminar con los conflictos, y en abril de 1671 así lo hicieron, Stenka Razin fue ejecutado en Moscú el 6 de junio (Parker, 2013; Mousnier, 1976).

Durante el siglo XVIII y XIX Rusia continuó sufriendo revueltas, como la de Pugachev que llegó a declararse zar y, bajo su levantamiento, murieron cerca de 3.000 señores a manos de sus

siervos. No fue hasta la abolición de la servidumbre, en 1861 cuando la situación del campesinado y de los siervos se calmó (di Simplicio, 1989).

6. CONCLUSIONES

El estudio de la crisis del siglo XVII ofrece muchos aspectos relacionados con la historia de esta centuria a los que debe prestarse atención a la hora de investigar sobre un hecho en concreto como son las revueltas en determinados estados. Desde los factores económicos y sociales, pasando por los climáticos y los bélicos, la sociedad sufrió alteraciones a la vez que también el estado se iba modificando. El absolutismo y la centralización provocaron una mayor concentración del poder y un mayor gasto de los gobiernos, que debían sufragar recurriendo al aumento de las cargas fiscales. La guerra hizo presencia de forma generalizada, contribuyendo a minar las economías por un lado, y la vida de las personas por otro, pues los destrozos materiales eran incontables, y también las pérdidas humanas.

El debate sobre la crisis económica continúa abierto en sus diferentes posturas: la de la crisis general, la de pequeñas crisis que se van sucediendo, y la de la inexistencia de la crisis. Sea como fuere, es indudable que Europa se vio envuelta en una serie de coyunturas que influyeron en su evolución.

Las revueltas populares europeas constituyen un episodio de la historia moderna de gran importancia. Aunque muchas de ellas no trascendieran a un plano mayor, tuvieron repercusiones en los estados en los que ocurrieron, obligando a sus monarcas a modificar sus políticas fiscales y económicas. Las que cuentan con una mayor amplitud de estudios son las revueltas francesas. En ellas se encuentran las características fundamentales para describirlas, y tuvieron unas dimensiones considerables, pues la mayor parte del estado francés se vio afectado por ellas, tanto en el ámbito rural como en el urbano. En el lado opuesto podemos mencionar las revueltas de la Monarquía Hispánica, pues en un territorio de mayores dimensiones no ocurrieron tantos levantamientos, y aun así afectaron en mayor medida al gobierno de Felipe IV. Estos levantamientos fueron los de Portugal, Cataluña y Nápoles. Por otro lado las revueltas rusas no tuvieron consecuencias importantes a largo plazo a pesar de que algunas amenazaran la integridad del zar.

7. ANEXOS

ANEXO 1: EXPLICACIONES CLIMATOLÓGICAS.

- Disminución de la actividad solar: entre 1640 y 1670 se han podido constatar cuatro evidencias que demostrarían este suceso. Se observó un aumento de la cantidad de C14 absorbido por las plantas, un descenso de las manchas solares junto a un incremento de la velocidad de rotación del sol (este efecto se conoce como Mínimo de Maunder; desde mediados del siglo XVII y hasta el XVIII, el número de manchas solares apenas superaba las 10 por año, a veces eran nulas), un período de casi 50 años en total de inactividad de las auroras boreales, y la palidez del aro solar que se forma en los eclipses.
- Aumento de las erupciones volcánicas: estas habrían arrojado “*dioxido de azufre a la atmósfera, desviando parte de la radiación del Sol de nuevo al espacio*” (Parker, 2013: 59) haciendo descender las temperaturas y formando esos “velos de polvo” que enrojecían el sol y fueron documentados por los testigos.
- Fenómeno climático de “El Niño”: es el nombre que recibe la inversión de la presión del aire en la zona ecuatorial del Pacífico. Lo normal es una mayor presión en el Este (que provoca el monzón), pero al invertirse esa presión y trasladarse al Oeste, los vientos húmedos no llegan a Asia. No solo no se produce el monzón, sino que en el Caribe provoca inundaciones, en África y la India, sequías, y en Europa bajadas extremas de temperaturas. En los años que van de 1638 a 1661 este fenómeno se dio hasta en 12 ocasiones, y a lo largo de todo el siglo XVII, ocurrió 20 veces (Parker, 2013).

UBICACIÓN DE LOS LEVANTAMIENTOS POPULARES EN LOS DIFERENTES TERRITORIOS ESTUDIADOS.

Ilustración 1: Revueltas de Inglaterra



Ilustración 2: Revueltas de Francia



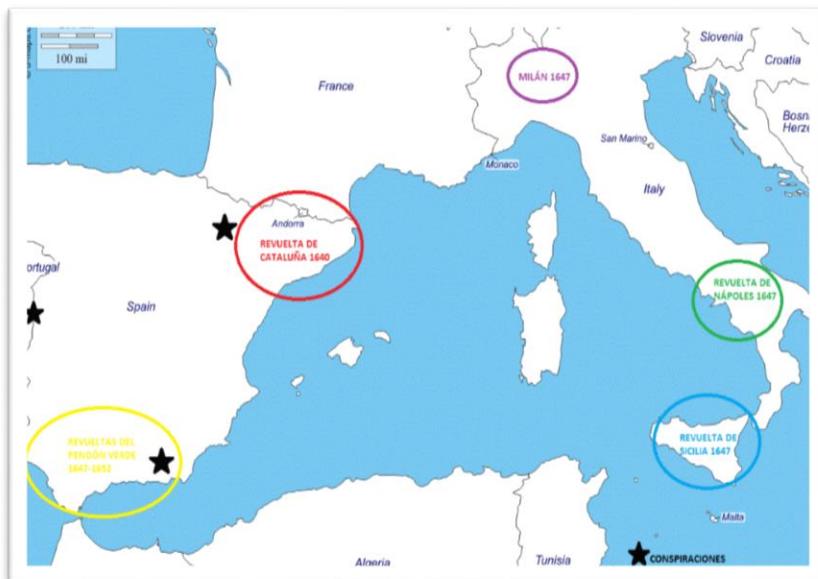
2. Mapa de Francia con los levantamientos de pitauds, croquants, nupieds y torrében, en las zonas rurales, marcados con diversos colores; levantamientos en las ciudades indicados con estrellas rojas.

Ilustración 3: Revueltas de Rusia



3. Mapa de Rusia con la delimitación de la Mancomunidad de Polonia-Lituania marcada en azul; revueltas de Bolotnikov, Jmelnytsky y Razin indicadas en distintos colores.

Ilustración 4: Revueltas de la Monarquía Hispánica



4. Mapa de la Monarquía Hispánica con las revueltas de Barcelona, Nápoles, Sicilia, Andalucía y Milán marcadas en diversos colores; conspiraciones indicadas con una estrella negra.

8. BIBLIOGRAFÍA

- Artehistoria Proyectos Digitales, S.L. "La revolución de los precios" *Artehistoria web site*. <http://www.artehistoria.com/v2/contextos/1669.htm> (último acceso: 28 de agosto de 2017).
- Dülmen, Richard van. *Los inicios de la Europa moderna: (1550-1648)*. Madrid: Siglo Veintiuno de España, 1984.
- Elliot, J.H., Mousnier, Roland, (et al.). *Revoluciones y rebeliones de la Europa moderna (cinco estudios sobre sus precondiciones y precipitantes)*. Madrid: Alianza, D.L., 1972.
- García, Luis Antonio Ribot. "Las revueltas de Nápoles y Sicilia (1647-1648)." *Cuadernos de historia moderna*, nº11. (1991). <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=123068> (último acceso: agosto de 2017).
- Gual i Vila, Valentí. "Les revoltes agràries franceses de la primera meitat del segle XVII. Una teorització." *Pedralbes: Revista d'història moderna*, nº 15 (1995): 205-252.
- Lublinskaya, Alexandra Dmitrievna. *La crisis del siglo XVII y la sociedad del absolutismo*. Traducido por Venancio Uribe. Barcelona: Crítica, D.L., 1983.
- Mousnier, Roland. *Furores campesinos: los campesinos en las revueltas del siglo XVII (Francia, Rusia, China)*. Traducido por Fina Warschaver. Madrid: Siglo Veintiuno, 1976.
- Munck, Thomas. *La Europa del siglo XVII, 1598-1700: estados, conflictos y orden social en Europa*. Traducido por Bernardo José García García. Madrid: Akal, D.L., 1994.
- Parker, Geoffrey. *El siglo maldito: clima, guerras y catástrofes en el siglo XVII*. Traducido por Victoria Gordo del Rey y Jesús Cuéllar. Barcelona: Planeta, 2013.
- Porshnev, Boris. *Los levantamientos populares en Francia en el siglo XVII*. Madrid: Siglo XXI, 1978.
- Price, Roger. *Historia de Francia*. Madrid: Ediciones Akal, 2016. <http://site.ebrary.com/lib/unizarsp/reader.action?docID=11335595&ppg=20> (último acceso: agosto 2017).
- Saavedra, Ángel de, Duque de Rivas. *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masanielo*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 1999. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmct43n6> (último acceso: agosto de 2017).

- Simón i Tarrés, Antoni, Elliott, J.H., (et al.). *1640, la monarquía hispánica en crisis*. Barcelona: Crítica, D.L., 1991.
- Simplicio, Oscar di. *Las revueltas campesinas en Europa*. Traducido por Marco Aurelio Galmarini. Barcelona: Crítica, 1989.

Fuentes de las imágenes:

- Ilustración 1: <https://londoncity2012.files.wordpress.com/2012/01/mapainglaterra.gif> [9 de junio de 2017]
- Ilustración 2: http://tebiscottieidee.altervista.org/wp-content/uploads/2015/01/france_ph_2500.jpg [9 de junio de 2017]
- Ilustración 3: <https://presidenciaenlasombra.files.wordpress.com/2010/05/rusia4.jpg> [8 de junio de 2017]
- Ilustración 4: <http://dmaps.com/m/mediterranean/meditoccident/meditoccident09.gif> [8 de junio de 2017]

Todas las ilustraciones han sido modificadas por Isabel Guiral Faure.